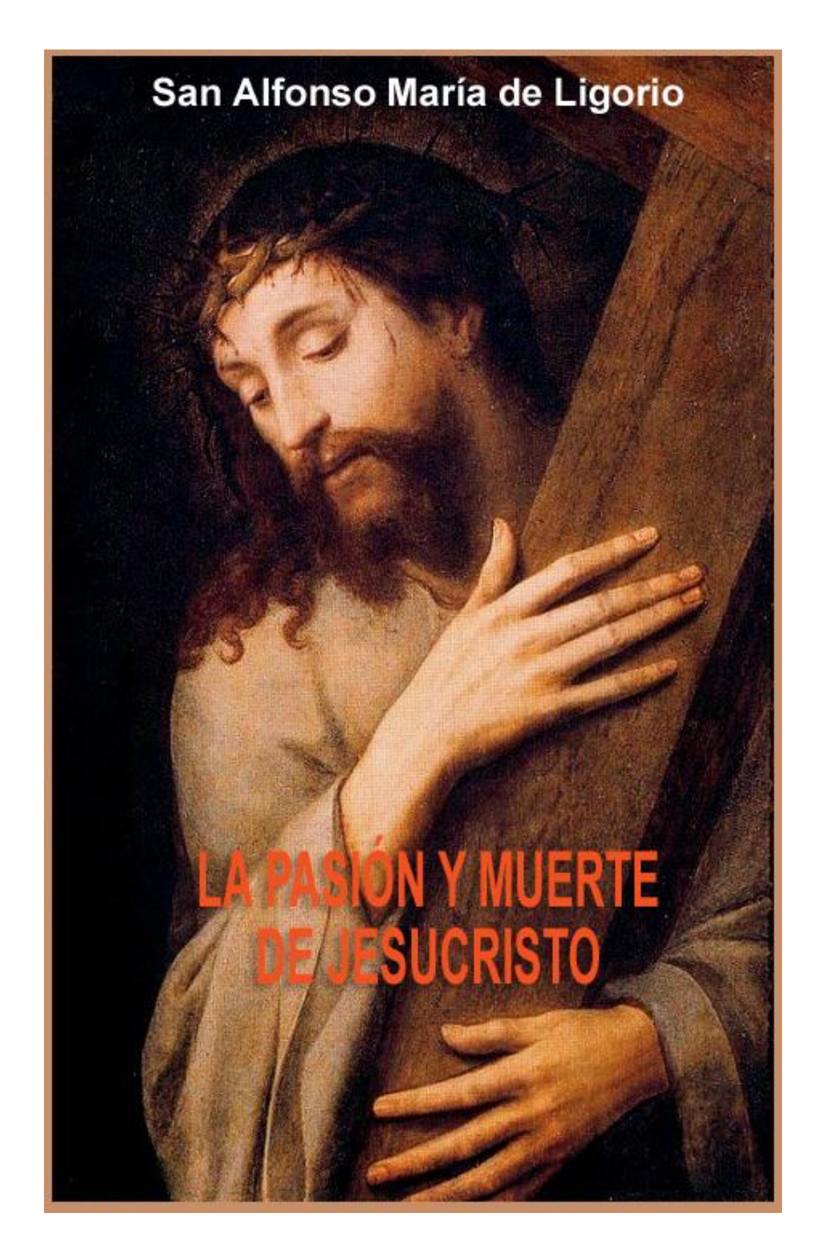
LA PASIÓN Y MUERTE DE JESUCRISTO



San Alfonso María de Ligorio

Consideraciones y reflexiones de acuerdo con los sagrados Evangelistas

CONTENIDOS

BREVE BIOGRAFÍA
PARA EL LECTOR
INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI

BREVE BIOGRAFÍA

San Alfonso María de Ligorio nació en Marianellacerca de Nápoles el 27 de septiembre de 1696. Siendo aún niño fue visitado por San Francisco Jerónimo el cual lo bendijo y predijo:"Este chiquitín vivirá 90 años, será obispo y hará mucho bien". A los 16 años, caso excepcional obtiene el grado de doctor en ambos derechos, civil y canónico, con notas sobresalientes en todos sus estudios.

Para conservar la pureza de su alma escogió un director espiritual, visitaba frecuentemente a Jesús Sacramentado, rezaba con gran devoción a la Virgen y huía de todos los que tuvieran malas conversaciones.

Su padre, que deseaba hacer de él un brillante político, lo hizo estudiar varios idiomas modernos, aprender música, artes y detalles de la vida caballeresca. Como abogado, el santo obtenía importantes triunfos; sin embargo, no estaba satisfecho ante el gran peligro que en el mundo existe de ofender a Dios.Por revelación divina, San Alfonso abandona todo y decide convertirse en apóstol incansable del Señor Jesús. La tarea no fue fácil; tuvo que enfrentar, con gran lucha espiritual, a su padre y familia, a sus amigos y así mismo. Al fin, a los 30 años de edad logra ser ordenado sacerdote, y desde entonces se dedicó a trabajar con las gentes de los barrios más pobres de Nápoles y de otras ciudades, a quienes les enseñaba el catecismo.

El 9 de noviembre de 1752 fundó, junto con otros sacerdotes, la Congregación del Santísimo Redentor (o Padres Redentoristas), y siguiendo el ejemplo de Jesús se dedicaron a recorrer ciudades, pueblos y campos predicando el evangelio. Por 30 años, con su equipo de misioneros, el santo recorrió campos, pueblos, ciudades, provincias, permaneciendo en cada sitio 10 o 15 días predicando, para que no quedara ningún grupo sin ser instruido y atendido espiritualmente.

San Alfonso fue un escritor muy prolífico; al morir dejó 111 libros y opúsculos impresos y 2 mil manuscritos. Durante su vida vio 402 ediciones de sus obras. Entre ellas Las Glorias de María, Práctica del Amor a Jesús, entre otras.

En 1762 el Papa lo nombró obispo de Santa Agueda. Quedó aterrado y dijo que renunciaba a ese honor. Pero el Papa no le aceptó la renuncia. "Cúmplase la Voluntad de Dios. Este sufrimiento por mis pecados", exclamó y aceptó. Tenía 66 años y permaneció al frente de la diócesis por 13 años donde predicó el Evangelio, formó grupos de misioneros y dio catequesis a los más pequeños y necesitados.

Sus últimos años fueron llenos de sufrimientos y enfermedades dolorosas; Dios lo probó con enfermedades. Fue perdiendo la vista y el oído. "Soy medio sordo y medio ciego, decía, pero si Dios quiere que lo sea más y más, lo acepto con gusto". El santo soportó pacientemente todos estos males, rezando siempre por la conversión de los pecadores y por su propia santidad. San Alfonso muere el 1 de agosto de 1787, a la edad de 90 años. El Papa Gregorio XVI lo declaró Santo en 1839. El Papa Pío IX lo declara Doctor de la Iglesia en 1875.

PARA EL LECTOR

CONSIDERACIONES Y REFLEXIONES SOBRE LA PASIÓN DE JESUCRISTO, EXPUESTOS CON LA SENCILLEZ Y LLANEZA QUE LA REFIEREN LOS SAGRADOS EVANGELISTAS

En mi libro sobre las Glorias de Alary, prometí escribir otro para tí que tratara del amor de Jesucristo; pero a causa de mis enfermedades corporales, mi director no me permitió mantener mi promesa. Me ha sido escasamente posible publicar estas cortas reflexiones sobre la Pasión de Jesucristo. Estas reflexiones, sin embargo, contienen la esencia de lo que había reunido para mi tema, reteniendo sólo lo que se refería a la Encarnación y el nacimiento de nuestro Salvador, que tenía la intención de componer con ella un trabajo para la novena de Navidad, que publicaré después, si obtengo permiso. Sin embargo, espero que el poco trabajo que te ofrezco éste día sea agradable para tí, especialmente ya que te será presentado, con el fin regular, de pasajes de la Sagrada Escritura que se refieren al amor que Jesucristo nos mostró en su muerte; pues no hay nada más apto para estimular un cristiano al amor de Dios que la palabra de Dios en sí que se extrae de la Santa Escritura.

Ofrezcamos, pues, el amor de Jesucristo, que es nuestro Salvador, nuestro Dios, y nuestro bien supremo. Esta es la razón por la cual los invito a echar un vistazo a la pasión; para que encuentres en él todos los motivos que podamos tener para esperar la vida eterna y amar a Dios; y en ésto consiste nuestra salvación.

Todos los santos apreciaban una tierna devoción hacia Jesucristo en su Pasión; éste es el único medio por el que se santificaron. El padre Baltasar Alvarez, como se lee en su vida, solía decir que uno no debe pensar en haber hecho nada, siempre y cuando uno no ha logrado tener presente en su corazón a Jesús crucificado. Su método de oración consistía en colocarse a los pies de Jesús crucificado, meditando sobre todo en su pobreza, sus humillaciones, dolores, escuchando la lección que nuestro Señor le hizo escuchar desde lo alto de la cruz. También puedes esperar santificarte si continúas de la misma manera considerando lo que tu divino Redentor ha hecho y sufrido por tí.

Pregúntale, sin cesar, que te dé su amor; y esta gracia que no te debes cansar de pedir de tu Reina, la Virgen, que es llamada la Madre del hermoso amor. Y cuando pidas este gran regalo para ti mismo, pídelo también para mí, que he querido contribuir a tu santificación al ofrecerte este pequeño trabajo. Prometo hacer lo mismo para tí con el fin de que, un día, en el paraíso, podamos abrazarnos en una santa caridad, y podamos reconocernos como sirvientes de nuestro más amable Salvador, encontrándonos unidos ahí en la sociedad de los elegidos para ver por siempre, cara a cara, y el amor por toda la eternidad, Jesús, nuestro Salvador y nuestro amor. Amén.

INTRODUCCIÓN

Cuan útil es meditar en la pasión de Jesucristo.

El amante de las almas, nuestro Redentor amantísimo, declaró que no tenía otro motivo por el cual descendió sobre la tierra sino para convertirse en el hombre que iba a encender en los corazones de los hombres el fuego de su santo amor: he venido a traer fuego sobre la tierra; ¿y qué quiero sino que se encienda? (Lc. 12, 49) Y, oh, que hermosas llamas de amor que no ha encendido en tantas almas, especialmente por los dolores que eligió sufrir en su muerte, con el fin de llevar a nosotros el amor inconmensurable que todavía mantiene para nosotros!

Oh, cuántas almas felices, en las heridas de Jesús, tal como en la quema de hornos de amor, han sido tan inflamados en su amor que no se han negado a consagrar a Él sus bienes, sus vidas, y todo su ser, superando con gran valor todas las dificultades que tenían que enfrentar en la observancia de la ley divina, pues el amor de ese Señor que, siendo Dios, escogió sufrir tanto por el amor de ellos! Esto fue sólo el consuelo que el Apóstol nos dió, con el fin de que no pudieramos fallar, para hacer grandes avances en el camino de la salvación: Piensa diligentemente sobre Aquél que aguantó tanta oposición en su contra, para que no sean desanimados, desmayando en sus mentes? (Hb. 12, 3)

Por lo cual San Agustín, todo inflamado de amor a la vista de Jesús clavado en la cruz, oró por tanto, con dulzura: *"Imprime, Señor, tus heridas en mi corazón, para que yo lea el sufrimiento en el mismo y el amor: el sufrimiento, para que yo soporte por tí todo el sufrimiento; quiero, que pueda despreciar por Tí todo otro amor. Escribe, dijo, mi amantísimo Salvador, escribe en mi corazón tus llagas, con el fin de que se me permita siempre en mi interior los sufrimientos y Tu amor. Sí, porque, teniendo ante mis ojos los grandes sufrimientos que Tú, mi Dios, has soportado conforme, pueda soportar en silencio todos los sufrimientos en que se pueda caer en suerte soportar; y al ver el amor que exhibiste para mí en la cruz, nunca pueda amar o ser capaz de amar cualquier otro que Tú.”*

Y de qué fuente han tomado los santos el valor y la fuerza para sufrir tormentos, el martirio y la muerte, si no de los sufrimientos de Jesús crucificado? San José de Leonessa, un capuchino, al ver que iban a atarlo con cuerdas, por una incisión dolorosa que un cirujano le iba hacer en su cuerpo, tomó en sus manos su crucifijo y dijo: "¿Por qué estos cordones? ¿Por qué estas cuerdas? He aquí, éstas son mis cadenas, mi Salvador clavado en la cruz por amor de mí. Él, por medio de sus sufrimientos, me constriñe a soportar toda prueba por su bien." Y así, sufrió la amputación sin una queja; mirando en Jesús, quien, como cordero delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. (Is. 53, 7)

¿Quién, entonces, jamás puede quejarse de que sufre equivocadamente, cuando considera a Jesús, que fue molido por nuestros pecados? (Is. 53, 5) ¿Quién puede negarse a obedecer, a causa de alguna inconveniencia, cuando Jesús se hizo obediente hasta la muerte? Quién puede negarse a ignominias, cuando ven a Jesús tratado como un tonto, como un rey de burlas, como un alterador del orden público; golpeado, escupido en su rostro, y suspendido sobre una infame cruz?

¿Quién podría amar a ningún otro objeto que a Jesús cuando lo ven morir en medio

de tantos sufrimientos e insultos, con el fin de cautivar nuestro amor? Un cierto devoto solitario rogó a Dios que le enseñase lo que él podría hacer para amarlo perfectamente. Nuestro Señor le reveló que no había ninguna manera más eficiente de llegar al perfecto amor hacia Él que meditar constantemente en su pasión. Santa Teresa se lamentaba y se quejaba de ciertos libros que le habían enseñado a dejar fuera de la meditación la Pasión de Jesucristo, porque ésta pondría un impedimento para la contemplación de su divinidad; y la santa exclamó: "Oh Señor de mi alma, Oh mi Jesús crucificado, mi tesoro! Nunca me acuerdo de esta opinión sin pensar que he sido culpable de gran traición. Y es posible que seas, mi Señor, si pudieras, ser un obstáculo para mí en el camino de un bien mayor? De ahí, entonces, que todos los bienes vengan a mí, pero de tí? "Y entonces ella añadió: "Yo he visto que, con el fin de agradar a Dios, y para inducirlo a concedernos grandes gracias, Él quiere que todos ellos deban pasar a través de las manos de esta humanidad más sagrada, en la que su majestad divina declaró que él se complacía." (Vida de Santa Teresa cap. 22)

Por esta razón, el padre Baltasar Álvarez dijo que la ignorancia de los tesoros que poseemos en Jesús fue la ruina de los cristianos; y por lo tanto su más favorita meditación habitual estaba en la pasión de Jesucristo. Meditó sobre todo en tres de los sufrimientos de Jesús, su pobreza, el desprecio y el dolor; y exhortó a sus penitentes a meditar con frecuencia en la pasión de nuestro Redentor, diciéndoles que no debían considerar que habían hecho nada en absoluto, hasta que hubieran llegado a retener presente a Jesús crucificado continuamente en sus corazones.

"El que desea", dice San Buenaventura, "avanzar de virtud en virtud, de gracia en gracia, debe meditar continuamente sobre la Pasión de Jesús." Y añade que "no hay práctica más rentable para toda la santificación del alma que la frecuente meditación de los sufrimientos de Jesucristo. "

San Agustín también dijo que una sola lágrima derramada en el recuerdo de la Pasión de Jesús vale más que una peregrinación a Jerusalén, o un año de ayuno a pan y agua. Sí, porque era para este fin que nuestro Salvador sufrió tanto, con el fin de que pensemos en sus sufrimientos; porque si pensamos en ellos, es imposible no inflamarse de amor divino: La caridad de Cristo nos apremia, (2Co. 5, 14) dice San Pablo, que si Jesús es amado por unos pocos, porque pocos consideran los dolores que ha sufrido por nosotros; pero el que frecuentemente los considera no puede vivir sin amar a Jesús." La caridad de Cristo nos apremia". Él se sentirá tan limitado por su amor que le resultará imposible abstenerse de amar a un Dios tan lleno de amor, que ha sufrido tanto para hacernos amarlo.

Por lo tanto, el Apóstol dijo que deseaba saber nada más que a Jesús, y Jesús crucificado; es decir, el amor que nos ha mostrado en la cruz: No me juzgo de saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a éste crucificado? (1Co. 2, 2)Y, en verdad, de qué libros es mejor aprender la ciencia de los santos, es decir, la ciencia de amar a Dios, que de Jesús crucificado? Aquel gran siervo de Dios, el hermano Bernardo de Codione, el Capuchino, no siendo capaz de leer, su hermano religioso para enseñarle, para lo cual se fue a consultar a su crucifijo; pero Jesús le respondió desde la cruz, "¿Qué es la lectura? ¿Cuáles son los libros? He aquí, yo soy el libro en el que más has de leer continuamente el amor que yo te he dado." Oh gran tema a tener en cuenta durante toda nuestra vida y durante toda la eternidad! Un Dios muerto por el amor de nosotros! Un Dios muerto por amor a nosotros! Oh maravilloso sujeto!

Santo Tomás de Aquino estaba un día haciendo una visita a San Buenaventura, y le preguntó de qué libro había tomado todas las hermosas lecciones que había escrito. San Buenaventura le mostró la imagen del Crucificado, que estaba completamente ennegrecida

por todos los besos que le había dado, y dijo: "Este es mi libro de donde recibo todo lo que escribo; y me ha enseñado todo lo poco que sé."

En resumen, todos los santos han aprendido el arte de amar a Dios del estudio de la cruz. El hermano Juan Alvernia, cada vez que miraba a Jesús herido, no podía contener las lágrimas. El hermano Santiago de Tuderto, cuando oyó la lectura de la Pasión de nuestro Redentor, no sólo lloró amargamente, pero estalló en sollozos, superado por el amor con que había sido inflamado hacia su amado Señor.

Fue este dulce estudio del crucifijo que hizo que San Francisco se convirtiera en un gran serafín. Lloró continuamente en la meditación de los sufrimientos de Jesucristo, que casi perdió por completo la vista. En una ocasión, siendo encontrado gritando y llorando, se le preguntó cuál era el asunto con él. "Lo que me aflige?" respondió el santo. "Lloro por los dolores y los insultos infligidos en mi Señor; y mi dolor se incrementa cuando pienso de esos hombres ingratos que no le aman, pero viven sin pensar en él." Cada vez que él oía el balido de un cordero, se sentía tocado con compasión ante la idea de la muerte de Jesús, Cordero inmaculado, drenado de cada gota de sangre en la cruz por los pecados del mundo. Y por lo tanto este amado santo no podía encontrar ningún tema sobre el que exhortar a sus hermanos con mayor avidez que con el recuerdo constante de la Pasión de Jesús.

Esto, entonces, es el libro, Jesús crucificado, el cual, si leído constantemente, os enseñará, por una parte, a tener un vívido temor del pecado, y, por otro lado, os inflamará con amor a un Dios tan lleno de amor por nosotros; mientras leemos en estas heridas la gran malicia del pecado, el cual redujo a un Dios a sufrir una muerte tan amarga con el fin de satisfacer la justicia divina, y el amor que nuestro Salvador nos ha mostrado en elegir sufrir tanto con el fin de demostrarnos lo mucho que nos ha amado.

Pidamos a la divina Madre María para obtenernos de su Hijo la gracia que también podamos entrar en estos hornos de amor, en la que tantos corazones llenos de amor son consumidos, con el fin de que, nuestros afectos terrenos sean quemados, que también podamos ser quemados con las bienaventuradas llamas, que hace almas santas en la tierra y benditas en el cielo. Amén.

CAPÍTULO I

ENTRADA DE JESÚS EN JERUSALÉN

*Mira que viene a ti tu rey lleno de mansedumbre, sentado sabre una asna y su pollino (Mt. 21,5).*Al acercarse el tiempo de su Pasión, Jesus sale de Betania y se encamina a Jerusalen. Consideremos aquí la humildad de Jesucristo, que, a pesar de ser el rey de la Gloria, quiere entrar en aquella gran ciudad montado en un pollino. Jerusalen, Jerusalen!, sal a esperar a tu Rey, que se acerca lleno de humildad y mansedumbre; no temas que se valga de su imperio y señorío para apoderarse de tus riquezas; mira que viene rebosando amor y piedad para salvarte y rescatarte, a costa de su vida, de la esclavitud que padeces.

Entre tanto, el pueblo, que desde hacía mucho tiempo le veneraba por los milagros que obraba, y señaladamente por la resurrección de Lazaro, que todavía andaba por boca de todos, salió a su encuentro; y mientras unos tienden sus vestidos sabre el camino por donde debía pasar, cubren otros las calles con ramas de árboles, en señal de vasallaje. Quien hubiera podido predecir entonces que este Príncipe, recibido con tanta pompa y majestad , sería dentro de pocos días condenado a muerte como un criminal y conducido al Calvario con la cruz al hombro?

Amadísimo Jesús, quisiste entrar solemnemente en Jerusalén para que la ignominia de vuestra pasión y muerte contrastase con la honra y gloria que aquel día recibisteis. Pronto se trocarán en maldiciones e injurias, las alabanzas y vitores con que hoy os aclaman. Hoy dicen: *Hosanna, salud y gloria al Hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor (Mt. 21, 9).* Dentro de algunos días alzaran la voz diciendo: *Quita, quítale de en medio, crucifícale (Jn. 19, 6).* Pilato, exclamarán, quita de nuestra presencia a ese malhechor; crucifícalo pronto, no vuelvas a presentarlo a nuestra vista. Ahora se despojan de sus vestidos, y después os despojarán, Jesus mío, de los vuestros para azotaros y crucificaros. Ahora tapizan de ramos las calles que habéis de atravesar, y luego tomaran manojos de espinas que traspasen vuestra frente. Ahora os colman de bendiciones, y después no se cansaran de ultrajaros e insultaros. Alma mía, sal al encuentro de tu Dios y dile con afecto y agradecimiento: Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Amado Redentor mío, seáis para siempre bendito, ya que para salvarme habéis bajado del cielo; todos estabamos perdidos sin remedio si Vos no hubieráis venido a la tierra.

Al llegar cerca de Jerusalén, dice San Lucas, poniéndose a mirar esta ciudad lloró sobre ella..Derramó lágrimas sobre Jerusalén, ora considerase su ingratitud, ora previese su próxima ruina. Ah Senor mío, mientras llorabáis sobre la ingrata Jerusalén, llorabáis también sobre la ingratitud y ruina de mi alma. Amado Redentor mío, llorabáis los daños que yo acarree a mi alma al arrojaros de ella por el pecado y al obligaros a condenarme al infiemo, después de haber muerto para librarme de él. Ah, yo, yo soy quien debiera derramar lágrimas sin consuelo por el grave daño que hice a mi alma ofendiéndoos y separándome de Vos después de haberme dado tantas pruebas de amor. Etemo Padre, por

las lágrimas que entonces derramó vuestro Hijo sobre la ruina de mi alma, dadme gran dolor de mis pecados. Y Vos, tiemo y amoroso Corazón de mi Jesús, tened compasión de mí, pues detesto cordialmente los disgustos que os he dado y propongo firmemente amaros con todas mis fuerzas.

Despues de su entrada en Jerusalén, Jesús pasó todo el día en predicar y curar enfermos; pero al llegar la noche tuvo que retirarse a descansar en Betania, porque no hubo en Jerusalén quien le invitase a hospedarse en su casa.

Benignísimo Señor mío, si los demás hombres no os reciben, jamás yo os arrojaré de mi corazón; hubo, sin embargo, un tiempo en que mi ingratitud os arrojó de mi alma; pero ahora tengo a mas honra el vivir unido con Vos que ser dueño de todos los reinos del mundo. Oh Dios mío!, quién podra jamás separarme de vuestro amor?

CAPÍTULO II

CONCILIÁBULO DE LOS JUDÍOS Y TRAICIÓN DE JUDAS

Entonces los pontífices y fariseos juntaron un consejo y dijeron, Que hacemos?, porque este hombre hace muchos milagros. (Jn. 11, 47) Mientras que Jesús se ocupaba en derramar gracias y obrar milagros en beneficio de todos, los principales personajes de la ciudad maquinaban la muerte del autor de la vida. Caifas, el impío pontífice , dijo: *Conviene que muera un solo hombre por el bien del pueblo y no perezca toda la nación. (Jn. 11,50)* Y desde aquel día, prosigue diciendo San Juan, no pensaban sino en el medio de hacerle mori r. Malvados judíos , no temáis, que no huirá este vuestro Redentor, pues de propósito ha venido al mundo a morir, y con su muerte libraros a vosotros y a todos los hombres de la muerte etema.

Mientras que los pontífices deliberaban , se presenta Judas y les dice: Que queréis darme y yo lo pondré en vuestras manos? (Mt. 26, 15) Grande debió ser la alegría que se hubo de apoderar de los judíos, de estos malvados enemigos de Cristo, al ver que uno de sus mismos discípulos se disponía a hacerle traición y a entregarlo en sus manos. Esta su alegría sería trasunto de aquella otra que debe haber en el Infierno cuando un alma que ha estado al servicio de Cristo lo abandona y le hace traición por un vil interés, por un placer emponzoñado.

Pero mira, Judas, ya que estás dispuesto a vender a tu Dios, pide al menos el precio de su valor: es un bien infinito; su precio, por consiguiente, debe ser infinito. Pero tú, cierras la venta en treinta monedas de plata?. Alma mía infortunada, olvídate por un momento de Judas y piensa en tí misma; dime, a qué precio has vendido tantas veces al demonio la gracia de Dios?

Oh Jesús mío!, vergiienza me da comparecer en vuestra presencia cuando me acuerdo de las injurias que os he hecho. Cuántas veces os he menospreciado por un antojo, por un momentáneo y vil placer! Bien sabía yo que pecando perdí vuestra amistad, y voluntariamente he renunciado a ella por una nonada. Ojalá hubiera muerto antes que haberos causado tan grande ultraje! Jesús mío, me arrepiento de ello con toda mi alma y quisiera morir de dolor.

Admiremos aquí la benignidad de Jesucristo. No ignora el diabólico complot que acaba de hacer Judas, y, sin embargo, no lo despide de su compañía ni le mira con indignación, sino que lo admite por amigo y lo sienta a su mesa; y si le habla de su infame traición, es para que entre en sí mismo; y cuando lo ve obstinado en la maldad, se humilla en su presencia y se rebaja hasta lavarle los pies para ablandar su corazón.

Oh Jesús mío!, veo que lo mismo hacéis conmigo; os he despreciado, os he hecho traición, y, sin embargo, no me habéis negado vuestra amistad; me miráis con ojos de temura y me admitís a vuestro eucarístico banquete. Por que, amadísimo Salvador, no he correspondido siempre a vuestro cariño? Cómo podré en adelante alejarme de Vos y renunciar a vuestro arnor?

CAPÍTULO III

DE LA ÚLTIMA CENA DE JESÚS CON SUS DISCÍPULOS

Sabiendo Jesús, dice San Juan, que había llegado la hora de su tránsito de este mundo al Padre, *como hubiese amado a los suyos que tenía en el mundo, los amó hasta el fin. (Jn. 13, 1)* Sabiendo nuestro amantísimo Salvador que se acercaba el tiempo de su muerte, en el cual había de abandonar este nuestro destierro, y habiendo amado hasta entonces a los hombres con entrañable amor, quiso al fin de su vida dejarnos la mayor prenda de amor que podía. Sentado a la mesa, e inflamado de amor su corazón, se vuelve a sus discípulos y les dice: *Con deseo he deseado comer con vosotros esta pascua. (Lc. 22, 15)* Dirigiéndose a sus apóstoles y a la vez a todos los hombres, les dijo: «Sabed, amados hijos, que durante todo el curso de mi vida he estado suspirando por celebrar con vosotros esta cena, porque al terminarla voy a sacrificarrne por vuestra salvación». Tan grande es, Jesús mío, el deseo que tenéis de dar la vida por vuestras miserables criaturas? Este vuestro deseo enciende en nuestros corazones un ansia vivísima de padecer y morir por vuestro amor, ya que tanto deséais padecer y morir por el nuestro. Amado Redentor mío, dadnos a entender, lo que de nosotros pedís, que estamos dispuestos a complaceros , pues anhelamos tener ocasión para ello, por el deseo de corresponder, en parte al menos, al grande afecto que nos habéis demostrado. Avivad de continuo en nuestros corazones esta dichosa llama, que nos purifique de todos los afectos desordenados, a fin de que sólo pensemos en corresponder al amor de vuestro enamorado corazón.

Sobre la mesa del festín estaba el cordero pascual, figura de nuestro Salvador; y así como en aquella cena se consumía el cordero, así también el mundo debía contemplar al día siguiente inmolado en el ara de la cruz a Jesucristo, Cordero de Dios. En aquella noche tuvo San Juan la dicha inefable *de recostarse sabre el pecho de Jesús.* (Jn. 13, 25) Dichoso discípulo, que apoyando vuestra cabeza sobre el pecho del Maestro pudisteis conocer toda la ternura que atesoraba el corazón de nuestro amante Redentor en favor de las almas que le aman!

Dulcísimo Señor mío!, mas de una vez me habéis favorecido con gracia tan señalada, y tuve también ocasión de conocer el cariño y el afecto que me teníais cuando me habéis iluminado con celestiales luces y consolado con dulzuras inefables; y, esto no obstante, no os he guardado fidelidad. No permitáis que a vuestras bondades responda en adelante con mi ingratitud; si me aceptáis y me socorréis con vuestra gracia, me entrego del todo a Vos. *Levantáse Jesús de la mesa y quitáse sus vestidos, y habiendo tornado una toalla se la ciñe. Echa después agua en un lebrillo y pónese a lavar los pies de las discípulos y a limpiarlos con la toalla que se había ceñido. (Jn. 13, 4-5)*

Mira, alma mía, a Jesús que se levanta de la mesa, se quita los vestidos, toma un blanco lienzo, se lo ciñe, echa agua en un lebrillo, arrodíllase delante de sus discípulos y comienza a lavarles los pies. Cómo, el Rey del universo, el Unigénito del Padre se abate hasta lavar los pies de sus criaturas! Angeles del cielo!, qué decís? Grande favor les hubiera otorgado Jesús si les hubiera permitido lavarle sus divinos pies con las lágrimas de ellos,

como se lo otorgó a la Magdalena. Mas para dar al fin de su vida tan grande ejemplo de humildad y muestra señaladísima del infinito amor que nos tenía, Él es el que se pone a los pies de sus esclavos para lavárselos .

Y nosotros, Señor, proseguiremos siendo tan soberbios que no podamos sufrir una palabra de desprecio, una simple desconsideración, sin que alimentemos en nuestro corazón sentimientos de rencor y de venganza? Y, sin embargo!, por nuestros pecados hemos merecido ser pisoteados por las demonios del infierno. Oh Jesús mío!, Ojalá que vuestro ejemplo nos aliente a estimar los desprecios y las humillaciones! De hoy en adelante os prometo sufrir por vuestro amor las injurias y las afrentas que recibiere.

CAPÍTULO IV

INSTITUCIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Mientras estaban cenando tomó Jesús el pan, y lo bendijo y partió y dióselo a sus discípulos diciendo: Tomad y comed; esto es mi cuerpo. (Mt. 26, 26) Después del lavatorio de los pies, acto de tan grande humildad, que Jesucristo recomendó a sus discípulos, volvió a tomar sus vestidos, y, sentándose de nuevo a la mesa, quiso dar a las hombres la última prueba de amor de su corazón: fue la institución del Santísimo Sacramento del altar. Tomó el pan, lo consagró y, partiéndolo entre sus discípulos, Jesús les dijo: *Tomad y comed, esto es mi cuerpo.* Luego les recomendó que cada vez que comieran aquél pan se acordasen de la muerte que iba a padecer por su amor, recomendación que interpreta San Pablo diciendo: *Todas las veces que comiéreis este pan y bebiéreis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor. (1Cor. 11, 26)* Obró entonces Jesucristo como obraría un príncipe que está para morir y ama entrañablemente a su esposa; entre sus joyas escogería la de más subido precio, llamaría a la esposa y le diría: Voy a morir, amada mía, y para que no te olvides de mí te dejo por recuerdo esta alhaja; cuando la mires, acuérdate de mí y del amor que te he tenido.

«Ninguna lengua creada, dice San Pedro de Alcantara, puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene a su esposa, la Iglesia, y, por consiguiente, a cada una de las almas que están en gracia. Pues queriendo este Esposo dulcísimo partirse de esta vida y ausentarse de su Esposa, la Iglesia, porque esta ausencia no fuese causa de olvido, dejóla por memorial este Santísimo Sacramento en que se quedaba Él mismo, no queriendo que entre Él y Ella hubiese otra prenda que despertase su memoria sino solo El» (*Tratado de la oración.*, p. 1. c. 4 . Meditación para el Lunes) Por aquí llegaremos a entender cuan grande es el deseo que tiene Jesucristo de que nos acordemos de su Pasión, ya que instituyó el Santísimo Sacramento de la Eucaristía con el fin de que nunca jamás olvidasemos el amor inmenso e inefable que nos demostró con su muerte. Oh Jesús mío amabilísimo, amante divino de las almas ! Cómo es posible que el amor que tenéis a los hombres os haya llevado hasta el extremo de darles vuestro cuerpo en alimento? Y después de este don, que mas os queda que hacer para demostrarnos el sumo amor que nos tenéis y para obligarnos a amaros? Qué otras invenciones o maravillas pudiérais obrar para conquistar nuestro amor? Así como en este augusto Sacramento Vos os dáis todo entero a nosotros, justo es que nosotros nos entreguemos a Vos sin reserva. Busquen otros, en hora buena, honores y riquezas del mundo, que en cuanto a mí, no quiero ni deseo otro bien que el tesoro de vuestro amor Jesus y Dios mío! Vos dijisteis que quien se alimenta de Vos, no debe vivir sino para vos: *Quien me come, también vivirá por mí. (Jn. 6, 58).* Pues ya que tantas veces me habéis admitido a alimentarme de vuestra came adorable, haced que muera a mis gustos y pasiones a fin de que viva únicamente para agradaros y complaceros. Jesús mío, solo en Vos quiero poner todos los afectos de mi corazón; ayudadme a seros fiel.

Señalando San Pablo el tiempo que escogió Jesucristo para instituir este augusto

Sacramento, exclama: *Cuando los hombres trataban de quitarte la vida, tomó el pan y, dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed; esto es mi cuerpo. (1Co. 11, 23-24)* En aquella misma noche en que los hombres tramaban su muerte, nuestro Redentor nos preparaba este pan de vida y de amor para unimos a Él estrechamente, como lo declaró diciendo: *El que come mi came, en mí permanece , y yo en él. (Jn. 6,57)*

Oh amor de mi alma, digno de infinito amor!; no necesitáis darme más pruebas para demostrarme el amor y ternura que me tenéis. Unidme a Vos con estrechos lazos de amor, y si no sé daros mi corazón, tomad posesión de él. Oh Jesús mío!, cuándo sere todo vuestro, como Vos lo sois mío cada vez que os recibo en este sacramento de amor? Dadme luces y gracias para descubrir las bellezas que encierra vuestro corazón, a fin de que me enamore de Vos y ponga todo mi empeño en complaceros. Os amo, sumo bien mío, mi alegría, mi amor, mi todo.

CAPÍTULO V

JESÚS HACE ORACIÓN EN EL HUERTO Y SUDA SANGRE

Y acabado el himno de acción de gracias, salieron hacia el monte de Los Olivos. (Mt. 26, 30) Al terminar el hacimiento de gracias, salió Jesús del Cenáculo rodeado de sus discípulos; entró en el huerto de Getsemaní, y se puso a orar asaltándole luego el temor y la angustia y la tristeza. *Comenzó,* dicen los Evangelistas, *a atemorizarse y angustiarse, a entristecerse y contristarse. (Mc. 14, 3)* Oprimido por el peso de esta tristeza, exhaló nuestro amoroso redentor esta amarga queja: *Mi alma está triste hasta la muerte. (Mt. 26, 37; Mc. 14, 34)* Entonces acudio en tropel a su imaginación el terrible aparato de los tormentos y oprobios que sus enemigos le preparaban. Los suplicios que le atormentaron en su Pasión vinieron a afligirle sucesivamente uno despues de otro; pero en Getsemaní se le presentaron en revuelta confusión las bofetadas, los esputos, los azotes, las espinas, los clavos y los ultrajes que luego había de padecer. Se abraza con todos, mas al unirse a ellos en estrecho abrazo, tiembla, agoniza y ora. *Y mientras padecía mortales agonías, oraba con mayor intensidad.*

Pero, decidme, Jesús mío, quién os obligó a sufrir tantos trabajos? El amor que tengo a los hombres, responde Jesucristo, me estrecha a ello. Oh!, maravillado quedaría el Cielo al ver a la misma fortaleza bajo el peso de tanta flaqueza, al contemplar al que hace las delicias de los Santos en el Cielo cubierto con velo de gran tristeza. Un Dios afligido!, *Y* por qué?; por salvar a los hombres, criaturas suyas. El huerto fue el primer teatro del sacrificio de nuestro Redentor; Jesus fue la victima; el amor fue el sacerdote, y el ardentísimo afecto que tenía al hombre fue el sagrado fuego que consumó el holocausto.

Padre mío, si es posible , no me hagas beber este cáliz. (Mt. 26, 39) Con estas palabras pide Jesús a su Padre que le libre, a ser posible, de beber el cáliz de la amargura. Pero dirige al Padre este ruego, no tanto para librarse del suplicio que le agobia, cuanto para declararnos las penas que sufre y abraza por nuestro amor. Quiso también enseñarnos que en las tribulaciones podemos pedir a Dios que nos libre de ellas, pero que al mismo tiempo debemos conformarnos con su voluntad santísima, y decir lo que dijo nuestro divino Maestro: *Con todo, cumplase vuestra voluntad y no la mía. (Mt. 26, 39)* Y mientras duró su oración, conforme dice el Evangelio repitió las mismas palabras.

Oh Señor mío, por vuestro amor abrázame con todas las cruces que os dignéis mandarme! Siendo Vos inocente habéis padecido por mi amor tantos trabajos, y yo, siendo pecador y merecedor del infierno, rehusare sufrir para agradaros y alcanzar la gracia del perdón? Que no se haga mi voluntad, hágase siempre la vuestra.

Durante su oración Jesucristo *se postró en tierra echado sobre su rostro (Mc. 14, 35),* porque, cubierto como estaba con el manto de nuestros pecados, se avergonzaba de levantar los ojos al Cielo.

Amadísimo Redentor mío, si vuestras penas y vuestros méritos no me inspiraran

confianza, no tendría valor para pediros perdón por tantas injurias como os he causado. Padre Eterno, apartad la vista de mis iniquidades, para mirar al amabilísimo *rostro de vuestro Ungido (Sal. 83,10)*, que en Getsemaní tiembla y agoniza y suda sangre (*Lc. 22, 44)*, a fin de recabar de Vos el perdón para mi alma. Miradle y tened compasión de mí.

Pero, Jesús mío, en el Huerto yo no veo verdugos que os azoten; no veo espinas ni clavos; Cómo, pues, os veo bafiado en sangre? Ah!, ya lo entiendo; no fue la previsión de los próximos suplicios lo que os causó tan gran tormento, porque espontáneamente os habíais ofrecido a soportarlos, mis pecados fueron a manera de prensa cruel, que hizo brotar la sangre de vuestras sagradas venas. No hay que tachar de crueles a los verdugos; ni las espinas, ni la cruz, ni los azotes fueron tampoco crueles; la fiereza y crueldad hay que echarla a mis pecados, que en el Huerto afligieron a mi Salvador en tanto extremo. Y cuando Vos, Jesús rnío, os hallabais en tanta aflicción, yo añadí el peso de mis culpas para aumentar vuestro dolor; si yo hubiera pecado menos, menos hubiérais tenido que padecer entonces. Así he correspondido al amor que me habéis manifestado muriendo por mí: añadiendo trabajos a tantos como estabais padeciendo. Amadísimo Redentor mío, me arrepiento de haberos ofendido, y tengo dolor de ello, pero no siento suficiente dolor; quisiera experimentarlo tan grande, que bastase para quitarrne la vida. Por la cruel agonía que padecisteis en Getsemaní, dadme una partecita del aborrecimiento que entonces tuvisteis de mis pecados, y haced que ahora pague con mi amor la ingratitud que entonces os manifeste. Sí, Jesus mío, os amo con todo mi corazón, os amo mas que a mí mismo, por amor vuestro renuncio a todos los placeres y bienes de la tierra. Vos señor sois y seréis siempre mi único bien, mi único amor.

CAPÍTULO VI

JESÚS PRESO Y MANIATADO

Levantaos de aquí y vamos, que ya el traidor está cerca. (Mc. 14, 42) Sabiendo nuestro Redentor que Judas, acompañado de los judíos y gentes de armas, se acercaba a prenderle, bañado todavía en el sudor de la muerte con el rostro pálido, pero con el corazón inflamado en amor, se levanta y sale al encuentro de sus enemigos para ponerse en sus manos. Al verlos cerca de si, les pregunta: *A quién buscáis?*. Figurate, alma mfa, que el Senor te pregunta en este momento y te dice: Dime la quien buscas? (Jn. 18, 4) Oh Salvador mío!, a quién he de buscar, sino a Vos, que habéis bajado del Cielo a la tierra para buscarrne, a fin de que no me perdiera?

Prendieron a Jesus y lo ataron. Jn. 18, 4 Pero, qué es lo que veo? Un Dios maniatado!; qué diríamos si viéramos a un gran Rey preso y atado por sus servidores? Y qué decimos ahora al contemplar a todo un Dios a merced del vil populacho? Oh ataduras bienhadadas que habéis ligado a mi Redentor, estrechadme a mí también con Él pero de tal suerte que no pueda separarme de su amor; encadenad mi corazón a su santísima voluntad, para que de aquí en adelante mi voluntad se conforme con la suya!

Mira, alma mía, cómo mientras unos le cogen y le atan las manos, le injurian otros y le hieren, y el inocente Cordero se deja maniatar y herir a gusto de los verdugos; no pretende huir, ni pide socorro, ni se lamenta de tantos baldones recibidos, ni pregunta por que así le maltratan. En aquel momento se cumplió la profecia de Isaias que dijo: *Se entregó a la muerte porque Él mismo lo quiso, y no abrió su boca; fue llevado a la muerte como oveja al matadero.(Is. 53, 7)* No despliega los labios para hablar o deplorar su suerte, porque Él mismo se había ofrecido a la Justicia divina para morir y dar cumplida satisfacción por nuestras culpas, y por eso sin abrir la boca se deja conducir al suplicio, como oveja al matadero.

Mira, alma mía, como maniatado y rodeado de aquella chusma vil, es arrastrado fuera del Huerto y llevado con toda prisa a la ciudad para ser presentado a los pontífices de la Sinagoga. Y sus discípulos, entre tanto, dónde están?, qué es lo que hacen? Si no pueden arrancarlo de las manos de sus verdugos, que le acompañen siquiera para defender su inocencia delante de los jueces, o, al menos, para consolarlo con su presencia. Nada de esto hacen; el Evangelio, hablando de ellos, dice: *Entonces sus discípulos, abandonándole, huyeron todo*s. (Mc. 14, 50) Que cruel sería entonces la angustia que experimentó Jesucristo al verse desamparado de sus mas íntimos y allegados! Ah!, que también en aquel momento pasó por delante de su vista esa turba innumerable de almas por Él tan favorecidas y regaladas, y que esto no obstante, le abandonan y menosprecian.

Amadísimo Señor mío, una de esas almas ingratas he sido yo, que después de haber recibido tantas luces y gracias e inspiraciones, me olvidé de Vos y os abandoné. No me desechéis ahora, que, arrepentido de todo corazón, a Vos me convierto para no abandonaros mas, pues sois mi tesoro, mi vida, mi amor y mi alma.

CAPÍTULO VII

JESÚS PRESENTADO A LOS PONTÍFICES Y CONDENADO A MUERTE

Y los que prendieron a Jesús lo condujeron a casa de Caifás, Sumo Pontífice, donde los escribas y los ancianos estaban congregados. (Mt. 26, 57) Atado como un criminal entra Jesucristo en Jerusalén, donde pocos días antes había sido recibido en son de triunfo, aclamado y vitoreado por el pueblo. Atraviesa de noche las calles de la ciudad, alumbradas con antorchas y linternas, y lo conducen con tanto estrépito y algazara, que bien se echa de ver que quieren los verdugos hacerle pasar por insigne malhechor. Por eso asomábanse las gentes a las ventanas, preguntando por la calidad del preso, y por toda respuesta oían que el prisionero era Jesús de Nazaret, reconocido al fin por seductor, impostor, falso profeta y digno, por consiguiente, de la muerte. En todo el pueblo se despertó entonces un sentimiento de indignación y desprecio cuando vieron preso por orden de los jueces a Jesucristo, que pocos días antes habían recibido como Mesías y ahora se descubría ser un impostor. La veneración que le profesaban se trocó en odio, arrepintiéndose de haberle recibido con tanta honra y avergonzándose de haber reconocido a un malhechor por Mesias de Israel.

Jesucristo fue presentado como trofeo de sus venganzas a Caifás, quien, ansioso de tenerle en su presencia, se alegró al verle solo y abandonado de todos los suyos. Mira, alma mía, a tu mansísimo Salvador cargado de cadenas, como un criminal, y que, inclinando la cabeza delante de aquel orgulloso Pontífice, permanece silencioso y humilde; mira su hermoso rostro, que no ha perdido, en medio de tantos desprecios e injurias, su natural dulzura y serenidad.

Oh Jesus mío!, al veros rodeado, no de ángeles que pregonen vuestras alabanzas, sino de este vil populacho que os desprecia y os aborrece, que hare?, Unirme a vuestros enemigos, como lo hice hasta aquí? No, no; lo que me resta de vida, quiero emplearlo en amaros y honraros como Vos lo merecéis, y os prometo consagraros a Vos todo mi corazón. Vos seréis mi único amor, mi bien y mi todo. El impío Pontífice le preguntó por sus discípulos y su doctrina, para hallar motivo de condenarle; mas Jesucristo, con mansedumbre y humildad, le respondió: *Yo he hablado públicamente y a la faz del mundo..., muchos de los que están aquí presentes saben lo que yo he dicho.* Con esto apela al testimonio de sus mismos enemigos. Después de esta respuesta tan justa y moderada *uno de los ministros asistentes*, más insolente que los demas, tachándole de temerario, *dió una bofetada a Jesús diciendo: Así respondes al Pontífice? (Jn. 8, 20-22)* Desde cuándo una respuesta tan humilde y comedida mereció tan grande afrenta? El indigno Pontífice, en lugar de reprender al insolente ministro, calla, y callando, bien se echa de ver que aprueba su mal proceder; Jesús, menos para lavar la injuria que para librarse de la nota de poco respetuo con el Pontífice, responde: *Si he hablado mal, da testimonio de ello; y si bien, por qué me hieres?.*

Amabilísimo Redentor mío, bien veo que pasáis por todo a trueque de expiar los ultrajes que con mis pecados hice a la Majestad divina . Perdonadme, pues, por los méritos

de los ultrajes que por mí habéis padecido .

Buscando algún falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte, no lo hallaban. (Mt. 26, 59) Por lo cual el Pontífice de nuevo hace preguntas al Salvador, esperando hallar en las respuestas algún pretexto para condenarle, y con este fin le dice: *Yo te conjuro de parte de Dias vivo que nos digas si tu eres el Mesías, el Hija de Dios.* Interpelado Jesus, en nombre de Dios su Padre, confiesa la verdad y responde : *Yo soy, y aun os declaro que veréis después a este Hijo del hombre,* no abatido y humillado como aquí ahora me veis, sino *sentado a la diestra de la majestad de Dios, venir sabre las nubes del cielo*, para juzgar a toda la humanidad. Al oir estas palabras, *el Sumo Pontífice* , en vez de inclinar su frente hasta el polvo para adorar a su Dios y a su Juez, *rasgando sus vestiduras, exclama: Blasfemado ha, qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabáis de oir la blasfemia, que os parece?* Y todos los sacerdotes allf presentes respondieron diciendo: *Reo es de muerte. (Mt. 26, 65)*

Ah Jesus mío!, la misma sentencia pronunció vuestro Etemo Padre cuando os ofrecisteis a pagar la deuda de nuestros pecados. Ya que tú, Hijo mío, quieres satisfacer a mi justicia por los pecados del hombre, serás condenado a muerte, y por eso es menester que mueras.

Luego comenzaron a escupirle en la cara y a maltratarle a puñadas, y otros le daban de bofetadas, diciendo: Adivina, Cristo, quién es el que te ha herido? (Mt. 26, 67-68) Considerando la soldadesca a Cristo como a malhechor y condenado a muerte y digno de todo género de afrentas, se pusieron a maltratarle, y mientras unos le escupían en el rostro, otros le abofeteaban y le daban de puñadas, y vendándole los ojos, como asegura San Marcos, mofábanse de Él llamándole falso Profeta y diciéndole: Ya que eres profeta, adivina, pues, quién te ha herido. Asegura San Jeronimo que fueron tantos los ultrajes y burlas que Jesús padeció aquella noche, que só1o en el día del juicio final se conocerán en todos sus pormenores.

Oh Jesus mío!, en aquella horrible noche, lejos de tomar descanso, fuisteis el juguete de aquella impía y malvada soldadesca, Cómo podrán todavía ser los hombres soberbios al ver a un Dios tan humillado? Cómo podrán rehusar entregar su corazón al Redentor, que tanto ha padecido por nosotros? Será posible creer y meditar los dolores y las ignominias que padeció Jesucristo por nuestro amor y vivir después sin sentir abrasado el corazón en el amor de un Dios tan bueno y tan amante?

Lo que aumentó de modo especial el dolor de Jesús fue el pecado de Pedro, que reniega de Él y jura que jamás lo ha conocido.

Anda, alma mía, anda a hacer compañía en su prisión a tu angustiado, escarnecido y abandonado Jesús, y dale gracias y consuélale con tu arrepentimiento, ya que también hubo tiempo en que te uniste con sus enemigos para renegar de Él y menospreciarle. Dile que quisieras morir de dolor al recordar que en lo pasado has colmado de amarguras a su adorable corazón, que tanto te ha amado. Dile que ahora le amas, y que tu mayor deseo es padecer y morir por su amor.

Oh Jesus mío!, olvidad los disgustos que os he dado, y favorecedme, como a San Pedro, con una de vuestras amorosas mi radas. Pedro renegó de Vos es verdad; pero después sólo acabó de llorar cuando acabó su vida. Oh Hijo Eterno de Dios!, Oh amor infinito!, que padecéis aun por los mismos hombres que os odian y os maltratan; confieso que, siendo Vos la gloria del Paraíso, habríais concedido al hombre una señalada mereced admitiéndole a besar vuestros sagrados pies. Pero, Oh Dios mío!, quién os ha reducido al extremo de convertiros en juguete del mas vil canalla del mundo? Decidme, Jesús mío, qué

podría yo hacer para devolveros el honor que éstos os roban con sus ultrajes? Ya oigo que me respondeis: Tolera los ultrajes por amor mío, como yo los he soportado por el tuyo. Quiero obedeceros, Redentor mío; sí, Jesús mío, despreciado por mí; mi deseo es ser despreciado tanto como quisiereis.

CAPÍTULO VIII

JESÚS EN PRESENCIA DE PILATOS Y DE HERODES ES POSPUESTO A BARRABÁS

Venida la mañana, los príncipes de los sacerdotes tuvieron consejo contra Jesús, y, declarándole reo de muerte, le condujeron atado y le entregaron al gobernador Poncio Pilato (Mt. 27, 1-1) para que le condenara a muerte. El gobernador, tras muchas preguntas hechas, tanto a los judíos como a nuestro Salvador, llegó a convencerse de la inocencia de Jesús y de la falsedad de las acusaciones que le dirigían; por lo cual salió por segunda vez a la presencia de los judíos y les dijo: *Yo no hallo delito alguno en este hombre. (Jn 18, 38)* Mas viendo que los judíos proseguían pidiendo la muerte de Jesús, y entendiendo que el Salvador era galileo, para salir del paso, lo envió a Herodes, quien se holgó mucho de ver a Jesús en su presencia, esperando que haría uno de tantos prodigios como la fama pregonaba del insigne Taumaturgo. Con este fin le hizo muchas preguntas; mas Jesús calló y no le contestó, reprendiendo con su silencio la vana curiosidad de aquel rey malvado. Desventurada el alma a la cual el Señor le niega el habla de sus inspiraciones!

Oh Jesus mío!, este era el castigo que tenía yo merecido después de haberme hecho sordo a vuestras amorosas voces y ya que rehusé escucharos, merecía ser abandonado de Vos; pero no, amadísimo Redentor mío, tened compasión de mí y *habladme, que vuestro siervo os escucha. (1Re. 3, 10)* Decid que queréis de mí, pues en todo quiero obedeceros y agradaros. Viendo Herodes que Jesús no le respondía , *lo despreció con todos los de su sequito y, para burlarse de Él, lo vistió de una ropa blanca y lo volvió a enviar a Pilato. (Lc. 23, 11)* Ved, pues, a Jesús vestido con aquella ropa de burla y paseado por las calles de Jerusalén.

Oh despreciado Salvador mío!, solo os faltaba pasar por la ignominia de ser tratado como loco y falto de razón. Mirad, cristianos, como trata el mundo a la sabiduría etema. Dichoso el que se complace en los menosprecios del mundo y el que puede decir con San Pablo: *No me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado! (1Co. 2, 2)*

Conservaba el pueblo judío el derecho de pedir al gobernador romano la libertad de un preso en las fiestas de Pascua. Pilato, pues, propuso al pueblo que escogiera entre Jesús y Barrabás. *A quién de los dos queréis que os suelte, a Jesús o a Barrabás?* Esperaba Pilato, a buen seguro, que el pueblo pediría la libertad de Jesús, porque Barrabás era un malvado, un homicida y ladrón público y, por tanto, de todos aborrecido. Mas, instigado el pueblo por los jefes de la sinagoga, sin vacilar un momento, a gritos, contestó: *No a Jesus, sino a Barrabás.* Sorprendido Pilato e indignado al mismo tiempo al ver un inocente pospuesto a un criminal por todos detestado, pregunta: *Pues qué he de hacer de Jesús? Dicen todos: Sea crucificado.- Y el gobernador: Pero qué mal ha hecho?- Mas ellos comenzaron a gritar más diciendo: Sea crucificado. (Mt. 27, 17-23)*

De la misma manera he obrado yo, Señor mío, cada vez que he pecado; entonces se me daba a escoger entre Vos y el vil placer, y yo he dicho: Quiero el placer y no me

importa perder a Dios. Así hablaba entonces, Dios mío; mas ahora os digo que prefiero vuestra gracia a todos los placeres y a todas las riquezas del mundo. Oh Jesús mío! Oh bien infinito!, os amo sobre todos los demás bienes; solo a Vos quiero amar, y nada mas. Así como Jesús y Barrabás fueron propuestos a la elección del pueblo, así también el Padre Eterno tuvo que elegir entre la vida del Hijo y la muerte del pecador. Y el Eterno Padre contestó: Muera mi Hijo para que se salve el pecador. Así lo atestigua San Pablo cuando dice: *Ni a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó a la muerte por nosotros. (Rm. 8, 32)* Sí, dice el mismo Redentor, *Dios amó tanto al mundo, que no paró hasta darle a su Unigénito Hijo (Jn. 3, 16)* y entregarle a los tormentos y a la muerte. Por eso exclama la Iglesia: «Oh admirable dignación de vuestra misericordia, Dios mío!; Oh inapreciable fineza de amor!, puesto que para libertar al esclavo habéis condenado al Hijo» (Pregón Pascual) Oh fe santa!, el alma que cree estas verdades, Cómo podrá vivir sin inflamarse y consumirse en el amor de un Dios que tanto ama a los hombres? Ojalá que jamás se cayera de nuestra consideración este prodigio infinito del amor divino!

CAPÍTULO IX

DE LA FLAGELACIÓN DE JESUCRISTO

Tornó entonces Pilato a Jesús y mandó azatarle . Viendo Pilato que sin resultado alguno favorable había apelado a los medios de enviar Jesús a Herodes y de posponerlo a Barrabás, para librar a su inocente víctima de la ira de los judíos, que querían sacrificarla a su venganza, inventó otro nuevo recurso: imponerle un castigo y darle después por libre. Con este fin llama a los judíos y les dice: *Me habéis presentado este hombre como el alborotador del pueblo, y habiéndole yo interrogado en presencia vuestra, ningún delito he hallado en él de los que le acusáis; ni tampoco Herodes; sin embargo, para complaceros, después de castigado, lo dejaré libre. (Lc. 23, 14-15)* Puede darse, Dios mío, mayor injusticia? Declararlo inocente y mandarlo después azotar! Verdad es, Jesus mío, que Vos sois inocente, pero no lo soy yo: y ya que os determinais a satisfacer por mí a la Justicia divina, justo es que sufráis el castigo.

Pero dime, Pilato, qué castigos vas a imponer a este inocente?. Lo condenarás a ser azotado? Pero condenar a un inocente a castigo tan cruel y afrentoso? Sin embargo, Pilato, dice San Juan, tomó a Jesus y mandó azotarle.

Mira, alma mía, cómo los verdugos , después de tan injusta sentencia, toman al mansísimo Cordero sin ninguna consideración y miramiento y, en medio de una gritería y algazara salvaje, lo arrastran al pretorio y lo atan a la columna. Y Jesús, qué hace? Humilde y resignado acepta, para expiar n uestros pecados, aquel suplicio tan doloroso y deshonroso. Mira cómo los verdugos se arman de látigos y, a una serial convenida, alzan los brazos y comienzan a descargar terribles golpes sobre aquel sacrosanto cuerpo.

Verdugos crueles, deteneos, porque andáis equivocados; no es este el culpable; soy yo quien merece tan fieros azotes.

Aquel cuerpo virginal, primero se tornó lívido y después comenzó a manar sangre por todas partes. Y los implacables verdugos, después de haber desgarrado sin piedad todas las carnes, prosiguen descargando golpes sobre golpes, cumpliéndose lo que dijo el Profeta: *Y aumentaron más y más el dolor de mis llagas. (Sal. 68, 27)*

Alma mía, serás tu también de los que miran a un Dios azotado con ojos enjutos? Párate a considerar el dolor de Jesús, pero considera mejor el grande amor con que padece por tí tan crueles tormentos; pues en medio de ellos, el Salvador ciertamente que en tí pensaba. Aunque el Señor no hubiera sufrido por tu amor mas que un solo golpe, debiera tu corazón vivir perpetuamente inflamado en su amor al pensar que Dios se ha dignado ser por tí herido y llagado; pero no uno, sino muchos millares de golpes, recibió en su cuerpo hasta quedar despedazado para expiar tus pecados, como predijo Isaias: *Fue llagado por causa de nuestras iniquidades" (Is. 53., 5).* El mas hermoso de todos los hombres, prosigue diciendo el Profeta *no es de aspecto bello, no es esplendoroso. Lo hemos visto y nada hay en el que atraiga nuestras miradas.* Y de tal suerte quedó desfigurado por los azotes, *que su rostro* parecía como *cubierto de verguenza y afrentado, por lo que no hicimos ningún caso de él.* Y quedó reducido a tan misero estado, que el cuerpo bendito de Jesús aparecía como cuerpo de leproso cubierto de llagas desde los pies a la cabeza. *Le reputamos entonces como un*

leproso, dice Isaias, *y como un hombre herido de la mano de Dios y humillado.* Y la causa de tantos estragos fue que nuestro adorable Redentor quiso padecer los trabajos que debíamos sufrir nosotros. *Por causa de nuestras iniquidades,* acaba diciendo el Profeta, *fue Él llagado, y despedazado por nuestras maldades. (Is. 53, 2-4)*

Sea por siempre bendita vuestra piedad, Jesus mío, que habéis querido sufrir tan atroces suplicios para librarme de los tormentos eternos. Desventurado mil veces el que no os ama, oh Dios de amor! Qué hace nuestro amable Salvador mientras los verdugos lo azotan tan cruelmente? No despliega los labios, no se lamenta, no suspira, sino que con indecible paciencia ofrece sus tormentos al Eterno Padre para que se aplaque su justo enojo y no lo descargue contra nosotros. *Como cordero,* dice Isaias, *que está sin balar en manos del que le trasquila, así el no abrió su boca.(Hech. 8, 32)*

Oh Jesús mío!, a un cordero inocente se contentan con cortarle la lana, sin herirle ni lastimarle; pero los bárbaros verdugos os arrancaron hasta la piel y las carnes. Este era el bautismo de sangre, por el cual tantas veces suspirasteis durante vuestra vida, cuando decíais: *Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado. Oh, y cómo traigo en prensa mi corazón mientras no lo vea cumplido! (Lc. 12, 50).* Corre, alma mía, a lavarte en aquella sangre preciosa, de la cual está empapada esa tienda afortunada.

Amadísimo Salvador mío, cómo puedo dudar que me amáis al veros tan llagado y afrentado por mi amor? Ya entiendo que cada una de vuestras llagas es una prueba clara y manifiesta del amor que me profesais. Oigo que todas vuestras llagas son a manera de bocas que piden amor. Una sola gota de vuestra sangre bastaría para salvarme, y Vos habéis querido derramarla toda sin reservaros nada, para que yo me diese a Vos sin reserva. Del todo me entrego a Vos. Jesus mío, recibidme y ayudadme a seros fiel.

CAPÍTULO X

JESÚS CORONADO DE ESPINAS Y TRATADO COMO REY DE TEATRO

Enseguida las soldados del presidente, dice San Mateo, cogiendo a Jesús y poniéndole en el pórtico del pretorio, juntaron alrededor de Él a toda la cohorte; y desnudándole, le cubrieron con una manta de grana, y entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña por cetro en su mano derecha. (Mt. 27, 27-29)

Meditemos otros barbaros tormentos que los verdugos añadieron a los que habían dado a nuestro Señor. La chusma de soldados lo rodea y a manera de purpura regia le echan sobre sus hombros una clámide de color encarnado, es decir, una como capa rota y usada, que acostumbraban a llevar los soldados sobre los hombros; en la mano le ponen u na caña a manera de cetro, y un haz de espinas sobre la cabeza, en forma de imperial diadema. La corona, hecha en forma de yelmo o celada, le cubría toda la cabeza, y como la presión de las manos no era bastante poderosa para clavársela en la cabeza del Salvador, tan quebrantada ya por los azotes, toman la caña y a duros golpes le introducen las espinas en el cerebro, divirtiéndose a la vez en escupirle al rostro, como dice San Mateo: Y escupiéndole, tomaban la caña y le herían en la cabeza. (Mt. 27, 30)

Oh espinas crueles!, Oh ingratas criaturas!, Qué hacéis?, por qué atormentáis de esta suerte a vuestro Creador? Mas, que acusar a las espinas, cuando los criminales pensamientos de los hombres fueron los que atravesaron la cabeza de mi Redentor? Sí, Jesus mío, nosotros, con nuestros detestables y voluntaries pensamientos, hemos forjado la corona de espinas que traspasó vuestra frente; pero hoy los aborrezco y los detesto más que la muerte, más que otro mayor mal. Contrito y humillado me acerco a vosotras, espinas santificadas con la sangre del Hijo de Dios; traspasada mi alma y trocadla en víctima perpetua de expiación por haber ofendido a un Dios tan bueno. Y Vos, amadísimo Jesús mío ya que habéis padecido tanto para desprenderme de las criaturas y de mi mismo, haced que pueda decir con verdad que ya no vivo para mi, sino exclusivamente consagrado a vuestro amor.

Oh afligido Salvador rnío! Oh Rey del mundo, a que extremos de humillación os veo reducido, a servir de rey de dolor y mofa, a ser la burla y el juguete de la ciudad de Jerusalen! De vuestra cabeza traspasada corre a raudales la sangre, regando vuestro rostro y cayendo sobre vuestro pecho. Oh Jesús mío!, puede llegar a mayores extremos la crueldad de aquella barbara gente, que, no contenta con haber destrozado vuestro cuerpo desde los pies hasta la cabeza, os somete ahora a nuevos escamios y a nuevos ultrajes? Si esto me maravilla, admírome más todavía de vuestro amor y de vuestra mansedumbre, al considerar que con infinita paciencia sufrís y aceptáis tamañas ofensas. *Cuando le maldecían, no retornaba maldiciones,* dice San Pedro; *cuando le atormentaban, no prorrumpía en amenazas antes se ponía en manos de aquel que injustamente le sentenciaba. (1P. 2, 23)* De esta suerte vino a cumplirse la palabra del Profeta, que atestiguó que nuestro Salvador *presentaría su mejilla al que le hiriera y le hartarían de oprobios.*

Con todo, la crueldad de los soldados no quedaba todavía satisfecha; por eso *con la rodilla hincada en tierra, le hacían burla diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos (Mt. 27, 29), y le daban de bofetadas,* añade San Juan. (Jn. 19, 3) Después de haberle atormentado y burlándose de Él vistiéndole como rey de teatro, se arrodillaban delante de Él, y en son de burla le decían: «Yo te saludo, Rey de los judíos»; y levantandose después le daban bofetadas en el rostro, a la vez que proferían palabras de desprecio y prorrumpían en infernales risotadas.

La sagrada cabeza de Jesús, tan atorrnentada por las espinas, que penetraban hasta el cerebro, experimentaba dolores de muerte con el mas leve movimiento, de manera que cada nuevo golpe o cada bofetada le causaba un dolor insoportable.

Tú, al menos, alma mía, reconoce a tu Redentor por lo que es en realidad: por el soberano Señor de todo lo creado. Y si además se manifiesta como Rey de dolor y Rey de amor, justo es que te muestres agradecida y amante, ya que tanto padeció para conquistar tu corazón.

CAPÍTULO XI

JESÚS PRESENTADO AL PUEBLO, DICIENDO PILATO: ECCE HOMO

Salió de nuevo Pilato fuera, y díjoles. Ved aquí al Hombre. (Jn. 19, 4-5) Despues de la flagelación y de la coronación de espinas, Jesús fue llevado de nuevo ante la presencia de Pilato, el cual, al verle tan llagado y desfigurado, creyó que con sólo presentarlo al pueblo se moverían los judíos a compasión. Salió, pues, a un balcón de palacio, llevando consigo a nuestro atormentado Salvadar, y dijo: *Ved aquí al Hombre.* Como si dijera: Habitantes de Jerusalén, ya podéis daros por satisfechos con lo que ha padecido hasta ahora este inocente. Aquí teneis el hombre; mirad a que lamentable estado ha quedado reducido el que temíais que se proclamara vuestro rey. Que temor puede inspiraros cuando está ya para exhalar el postrer suspiro? Dejadle, pues, que se retire a su casa para que muera, ya que le quedan pocas horas de vida.

Salió Jesús coronado de espinas y revestido del manto de purpura.(Jn. 19, 5) Mira, alma mía, a tu Salvador puesto en el balcón maniatado y sujeto a los caprichos de un verdugo. Míralo cómo esta casi desnudo, bañado en sangre, cubierto de llagas, con las carnes laceradas, y con aquel pedazo de purpura, que únicamente le sirve de burla, y con la corona de espinas, que prosigue atormentando su cabeza. Mira a que extremos se ve reducido el pastor por haber querido ir en pos de la oveja descarriada. Amadísimo Jesús mío!, Cuántos dolores, afrentas y escarnios os hacen pasar los hombres! Dulcísimo Jesús mío, inspirais compasión hasta a las mismas fieras; solo en el corazón de los hombres no halláis ni piedad ni compasión para vuestra desventura.

En efecto, al verle tan maltratado, *los ministros y los pontífices alzaron el grito diciendo: Crucifícale, crucifícale. (Jn. 19, 6)* Mas, que dirán, Salvador mío, estos malvados en el día del juicio final, cuando os vean sentado como juez en el trono de majestad? Pero ay, Jesús mío! hubo también un tiempo en que desenfrenadamente me entregaba al pecado, en que yo también gritaba: *Crucifícale crucifícale.* Mas ahora me arrepiento de todos mis pecados, yo os amo, Dios mío, con todo mi corazón. Perdonadme por los méritos de vuestra Pasión, para que en aquel día supremo os vea aplacado y no irritado contra mí.

Mientras que Pilato, desde el balcón, mostraba a Jesús al pueblo, el Etemo Padre nos presentaba también desde el cielo a su amadísimo Hijo en tan lamentable estado diciendo: *Ved aquí al Hombre.* Este que aquí veis tan atormentado y vilipendiado, es mi Hijo amadísimo, que tanto padece por vuestro amor y por expiar vuestros pecados; miradlo, dadle gracias y amadlo. Dios mío y Padre mío, me decís que mire a vuestro Hijo; también yo os suplico que pongáis en Él vuestros ojos y que por su amor tengáis compasión de mí.

Adivinando los judíos que Pilato, menospreciando sus clamores, quería libertar a Jesús, le apretaron más, queriéndole obligar a dictar sentencia de muerte contra el Salvador, so pena de tenerle por enemigo del César: *Losjudíos,* dice San Juan, *daban voces diciendo: Si sueltas a ese, no eres amigo del César,* puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra César. Y les salió bien la cuenta, porque temiendo Pilato perder la gracia del César, *sacó a Jesus fuera y sentóse en su tribunal (Jn. 19, 12-13)* para pronunciar contra Él

sentencia de condenación. Pero atormentado todavía por los remordimientos de conciencia, pues sabía que iba a condenar a un inocente, tornó de nuevo a decir a los judíos: *Mirad a vuestro Rey. Y a vuestro Rey tengo yo de crucificar?* Pero los judíos, mas irritados que la vez prirnera, gritaron: *«Quita, quítale de en medio, crucifícale. (Jn. 19, 14-15)* Todavía, Pilato, nos lo presenta como a nuestro Rey; quítalo de delante, apártalo de nuestra vista y hazlo morir crucificado».

Oh Verbo encamado y Señor mío amadísimo! Habéis bajado del cielo a la tierra para conversar con los hombres y salvarlos, y los hombres no pueden tolerar vuestra presencia en medio de ellos, e inventan mil trazas para haceros desaparecer y quitaros la vida! Pilato todavía resiste y torna a replicar: *A vuestro Rey lo he yo de crucificar? Y los pontífices respondieron: No tenemos Rey sino a César.*

Adorable Jesús mío!, los judíos no quieren reconoceros por su Rey y Señor, y dicen que solo a César quieren tener por Rey; mas yo os acepto por mi dueño y soberano y declaro que solo Vos, Redentor mío, seréis el Rey de mi corazón. Hubo un tiempo en que yo, desventurado de mí, me dejé dominar de mis pasiones, destronandoos, Rey mío, del trono de mi corazón; pero ahora mi deseo es que reineis en el; mandad, y seréis obedecido. Os dire, pues, con Santa Teresa: «Oh amor, que me amas mas de lo que yo me puedo amar, ni entiendo!.Proveed Vos para que mi alma os sirva mas a vuestro gusto que al suyo. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir: Él viva, y me dé vida; Él reine, y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad». Dichosa el alma que pueda decir: Vos, Jesús mío, sois mi único Rey, mi único bien, mi único amor!

CAPÍTULO XII

JESÚS CONDENADO POR PILATO

Entonces, dice San Juan, se lo entregó para que lo crucificasen. (Jn. 19, 16) Pilato, que tantas veces había declarado la inocencia de Jesús, la proclama de nuevo lavándose las manos y protestando que es inocente de la sangre de aquel hombre justo, y acaba diciendo que de su muerte responderán los judíos. *Mandando traer agua,* dice San Mateo, *se lavó las manos a la vista del pueblo diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo. Allá vosotros veréis. (Mt. 27, 24)* Y luego da la sentencia que le condena a muerte. Oh injusticia nunca vista en el mundo! El juez condena al acusado al mismo tiempo que le declara inocente, y por eso escribe San Lucas que Pilato *abandonó a Jesús a la voluntad de ellos Lc. 23, 25),* para que hicieran de Él lo que se les antojase. Siempre que se condena a un inocente acontece lo mismo; se le abandona en manos de sus enemigos, para que le hagan morir como mejor les agrade. Desventurados judios!; ahora gritáis: *Caiga su sangre sabre nosotros y sobre nuestros hijos. (Mt.27, 25)* Llamasteis al castigo, y ha caído airado sabre vosotros; vuestra nación expía y expiará siempre hasta el fin del mundo el delito que cometisteis derramando sangre inocente.

Léese la sentencia de muerte en presencia del Señor. Jesús la escucha, y, resignado al decreto de su Etemo Padre, que le condena a morir en cruz, la acepta con humildad, no para expiar los crimenes que falsamente le imputan los judíos, sino para lavarnos de nuestras verdaderas culpas, que se había ofrecido a pagar con su muerte. Pilato dice en la tierra: Que muera Jesús, y el Etemo Padre confirma en el Cielo la misma sentencia, diciendo: Que muera mi Hijo. Y a todo respondió Jesucristo: dispuesto estoy a obedecer, venga la muerte y muerte de cruz; yo la acepto. Se humilló a sí mismo, dice San Pablo, *hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz. (Flp. 2, 8)*

Amado Redentor mío!, aceptáis la muerte que me tenía yo merecida, y con vuestra muerte me dais la vida; gracias, Amor mío, y espero llegar un día al Cielo a cantar para siempre vuestras misericordias. *Sí, las misericordias del Señor cantaré eternamente.* Ya que Vos, siendo inocente, habéis aceptado la muerte de cruz, yo, como pecador, recibo con entera voluntad la muerte que me hayais deparado, y la acepto con todas las penas que la han de acompañar, y desde ahora la ofrezco a vuestro Eterno Padre, en unión de vuestra santa muerte. Vos habéis muerto por mi amor yo quiero morir por el vuestro; por los méritos de vuestra amarguísima muerte, concededme, Jesús mío, la dicha de morir en vuestra gracia y abrasado en vuestro santo amor.

CAPÍTULO XIII

JESÚS LLEVA LA CRUZ HASTA EL CALVARIO

Publicada ya la sentencia de condenación, de en medio de aquel pueblo vendido a la maldad se levanta un grito de júbilo: Bravo!, bien!, exclaman; ya hemos logrado que muera Jesús; pronto, pronto, que no hay tiempo que perder; venga la cruz, que muera hoy en ella, porque mañana es la gran solemnidad de la Pascua. Por eso se arrojaron luego sobre Él, *le quitaron el manto* de escarlata y, *habiéndole puesto sus propios vestidos, lo sacaron a crucificar. (Mt. 27, 31)* Obraron así, dice San Ambrosio, para que el pueblo conociese, a lo menos por sus vestiduras, a aquel impostor, que así le llamaban, recibido pocos días antes como verdadero Mesías. Tomaron luego dos toscos maderos, forrnaron con ellos la cruz, y con gran insolencia se la obligaron a llevar en hombros hasta el lugar del suplicio. Puede darse, Dios mío, mayor barbarie? Cargar tan enorme peso sobre un hombre tan debilitado ya por tantos géneros de torrnentos!

Jesús se abrazó amoroso con el instrumento del suplicio*, y llevando Él mismo a cuestas su cruz, fue andando hacia el lugar llamado Calvario. (Jn. 19, 17)* Los ministros de justicia salen con los reos, entre los cuales camina nuestro adorable Salvador cargado con el altar sabre el cual va a sacrificar su vida. Con razón observa un devoto autor que en la Pasión de Jesucristo todo fue un exceso y un prodigio, coma lo llamaron Moisés y Elías conversando en el Tabor. En efecto, quién hubiera jamás imaginado que la vista de Jesús cubierto de llagas no hiciese mas que acosar la rabia de los judíos y aumentar el deseo que tenían de verlo crucificado? Qué tirano obligó jamás al reo con las fuerzas perdidas ya en anteriores tormentos, a llevar sobre sus hombros el patíbulo donde debía morir? Horror y espanto causa el pensar el cúmulo de ultrajes y escarnios que hicieron padecer a Jesucristo en las pocas horas que mediaron entre la prisión y la muerte; unos a otros se sucedían sin interrupción; ataduras, bofetadas, esputos, burlas, azotes, espinas, clavos, agonía y rnuerte. Todos, en suma, judíos y gentiles, sacerdotes y seglares, se pusieron de acuerdo para convertir a Jesús como lo había predicho Isaias en varón de dolores y de ignorninias. Verdad es que el juez reconoció la inocencia de su Víctima; mas esta declaración sólo sirvió para acumular vituperios y ultrajes sobre el Salvador, porque si desde un principio Pilato lo hubiera condenado a muerte, Jesús no hubiera sido pospuesto a Barrabás, ni tratado como un loco, ni hubiera sufrido el tormento de la flagelación y de la coronación de espinas.

Mas tomemos a considerar el espectáculo admirable que nos da el Hijo de Dios, que va a morir por los mismos que le conducen al suplicio . Aquí se cumplió aquella profecía de Jeremías que dice: *Soy como inocente cordero que es conducido al matadero. (Jr. 11, 19)* Oh ingrata ciudad de Jerusalén!, Con tan gran desacato arrojas de tu seno a tu Redentor despues de tantos beneficios como te ha otorgado? De esta suerte se conduce el alma que después de haber sido favorecida de Dios con muchas caricias y regalos le ofende y le arroja de su corazón por el pecado.

El estado de Jesús caminando hacia el Calvario excitaba tanta compasión, que

seguíale gran muchedumbre del pueblo y de mujeres, las cuales se deshacían en llanto y se lamentaban porÉl (Lc. 23, 27), al ver la crueldad con que le trataban. Mas Jesús, *vuelto a ellas, les dijo: No lloréis por mí, llorad por vosotras mismas, y por vuestros hijos... Porque si al árbol verde lo tratan de esta manera, en el seco, que se hará?(Lc. 23, 31)* . Con estas palabras quiso darnos a entender el gran castigo que merecen nuestros pecados; porque si Él, siendo inocente e Hijo de Dios, solo por haberse ofrecido a satisfacer por nuestras culpas, es tratado con tanto rigor, qué genero de castigos no deberán sufrir los hombres por sus propios pecados?

Mira, alma mía a Jesucristo como va andando con paso vacilante, con la cabeza coronada de espinas, con el pesado madero sobre los hombros y rodeado de enemigos que le colman de injurias y de insultos . Su cuerpo adorable está desgarrado por los azotes, de suerte que a cada paso que dá se le renueva el dolor de todas sus heridas. La cruz le atormenta antes de tiempo, pues además de oprimir el peso sus llagadas espaldas, sirve como de martillo que introduce en su cabeza las espinas de la barbara corona. Cuantos dolores a cada paso que da!; pero Jesús no abandona la carga, porque quiere reinar por medio de la cruz en los corazones de los hombres, como predijo Isaias: Jesús *lleva sabre sus hombros la divisa de Rey. (Is. 9, 6)*

Ah, Jesús mío!, que grandes sentimientos de amor alimentáis en vuestro corazón mientras camináis hacia el Calvario, donde vais a consumar el gran sacrificio de vuestra vida!

Alma mía, abraza también tu cruz por amor de Jesucristo, que tanto padece por tu amor. Mira como va delante de tí llevando su cruz e invitándote a llevar la tuya . *Si alguno quiere venir en pos de mí,* dice por San Mateo, *que tome su cruz y me siga. (Mt. 16, 24)*

Sí, Jesús mío, no quiero dejaros caminar solo; quiero ir en vuestro seguimiento hasta la muerte; por los méritos de este doloroso viaje, dadme fuerza para llevar con paciencia las cruces que me envíeis, que harto amables nos habéis hecho los dolores y los desprecios abrazándolos por nosotros con tanto amor.

Al salir de la ciudad, dice San Mateo, *encontraron a un hombre natural de Cirene, llamado Simón, al cual obligaron a que cargase con la cruz de Jesús. (Mc. 27, 32)* Fue tal vez un sentimiento de compasión lo que movió a los verdugos a descargar a Jesús del peso de la cruz para echarla en hombros del Cirineo? No, a buen seguro; fue el odio, fue refinada malicia de los judíos , pues viendo que a cada paso que daba Jesús estaba para exhalar el postrer suspiro, temieron que rindiese el alma antes de llegar al Calvario. Toda su afán era que muriese clavado en la cruz, a fin de que su memoria quedase para siempre mancillada, puesto que morir crucificado era una afrenta a los ojos de todo el mundo, segun aquello de San Pablo: *Maldito todo el que pende de la cruz. (Dt. 21, 23)* Por eso cuando a Pilato pedían la muerte de Jesús, no se contentaban con decir: Mátale, quítale la vida, sino que gritaban: Crucifícale, crucifícale, a fin de que su nombre quedase envuelto en tan grande infamia que no hubiese en el mundo quien se atraviese a tomarlo en sus labios, como profetizó Jeremías: *Exterminémosle de la tierra de los vivientes, y no quede ya mas memoria de su nombre. (Jr. 11, 19)*

Le descargaron, pues, la cruz, para que llegase vivo al Calvario y tuviesen la satisfacción de verlo muerto, crucificado y deshonrado .

Oh Jesús mío despreciado! Vos sois mi esperanza y todo mi amor.

CAPÍTULO XIV

CRUCIFIXIÓN DE JESUCRISTO

Apenas llegó Jesús al monte Calvario, fatigado y agotado de fuerzas, le dan a beber vino mezclado con hiel, brebaje que solían dar a los condenados a la muerte de cruz para rnitigarles lo acerbo del dolor; mas Jesús, que deseaba morir privado de todo alivio, apenas lo gustó y no lo quiso beber. Luego se formó un círculo de gente en torno de Jesús, y los soldados arrancaron con gran violencia los vestidos, pegados a las llagas de su lacerado cuerpo; al arrancárselos se llevaron consigo pedazos de carne. Después lo arrojaron sobre la cruz, y Jesús extendió sus manos sagradas y ofreció al Eterno Padre el gran sacrificio de su vida y le rogó que lo aceptase por nuestra salvación.

Los verdugos toman los martillos y los clavos, y traspasando con ellos los pies y las manos de nuestro Redentor, lo clavan en la cruz. El ruido de los martillazos se extiende por todo el monte y llega hasta herir los oídos de María, que había llegado al Calvario en pos de su Hijo. Oh sagradas manos, que a vuestro contacto sanaron tantos enfermos, por qué ahora os clavan en esa cruz? Oh pies benditos, que anduvieron tantos caminos para ir en pos de la oveja descarriada!, por qué ahora os traspasan con tanto dolor? Cuando en el cuerpo humano se hiere un nervio, es tan agudo el dolor, que causa tormentos y agonías de muerte; quién podrá, por consiguiente, declarar el dolor que experimentó Jesucristo cuando le traspasaron con clavos las manos y los pies, miembros del cuerpo humano tan llenos de huesos y de nervios?

Dulcísimo Salvador mío!, cuánto os costó mi salvación y el deseo de ganar el corazón de un gusano de la tierra como es el hombre! Y después de tanto padecer, os he negado sin cuento de veces mi amor y os he vilmente menospreciado.

Levantan la cruz en alto con el Crucificado, luego lo dejan caer de golpe en el agujero abierto en la tierra, y la sujetan con piedras y cuñas de madera. Jesús queda suspendido en ella, hasta perder la vida, en medio de dos ladrones, como dice San Juan: *Le crucificaron, y con Él a otros dos, uno a cada lado, quedando Jesús en medio. (Jn. 9, 18)* De esta suerte se cumplió la profecía de Isaías, que dice: *Y fue contado entre los malvados. (Is. 53, 12)* Sobre lo alto de la cruz fijaron un letrero en el cual se leían estas palabras: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos.* Querían los judíos que se enmendase la inscripción; mas Pilato no lo consintió, porque era voluntad de Dios que todo el mundo supiera que los judíos habían dado muerte a su verdadero Rey y Mesías, por el cual hacía tanto tiempo que suspiraban.

Jesús clavado en la cruz es la gran prueba del amor de un Dios; de este modo se presenta por última vez a los ojos del mundo el Verbo encarnado. La primera vez apareció en un pesebre; esta otra en lo alto de una cruz, y ambas nos declaran admirablemente el amor y la infinita caridad que profesa al hombre. Meditando un día San Francisco de Paula el amor que Jesucristo nos manifestó en su Pasión, cayó en dulce éxtasis, y, levantado sobre el nivel del suelo, exclamó hasta por tres veces en alta voz: «Oh Dios caridad!, Oh Dios caridad!, Oh Dios caridad!» (Isidoro Toscano de Paula, Vida, Venecia, 1.691, Cap. III).

Con esto quiso el Señor darnos a entender que jamás llegaremos a comprender el amor infinito que nos ha manifestado Jesucristo queriendo padecer y morir por nosotros.

Alma mía, acercate a esa cruz con profunda humildad y afectuosa confianza; besa este altar donde muere tu amantísimo Salvador; pónte debajo de sus pies de manera que su sangre divina descienda sobre tí, y pide al Eterno Padre, pero en otro sentido del que lo hacían los judíos, que caiga su sangre sobre nosotros. Señor, descienda sobre nosotros esta sangre preciosa y nos lave de nuestros pecados. La sangre de Cristo no clama venganza, como pedía la de Abel, sino que pide perdón y misericordia. A este género de esperanza nos convida el Apóstol cuando dice: *Os habéis acercado a Jesús, mediador de la nueva alianza, y a la aspersión de aquella su sangre, que habla mejor que la de Abel. (Hb. 12, 24)*

Dios mío!, que suplicios tan atroces padece en la cruz nuestro moribundo Salvador! Todos sus miembros padecen dolor incomparable, y el uno no puede socorrer al otro, por tener clavados los pies y las manos. A cada momento sufre dolores mortales; de manera que bien puede decirse que en aquellas tres horas de agonía sufrió Jesús tantas muertes cuantos fueron los momentos en que estuvo clavado en cruz. En aquel hecho de dolor no halló nuestro afligido Salvador ni un momento de alivio ni descanso; unas veces se apoyaba sobre los pies, otras sobre las manos, pero dondequiera que se apoyara aumentaba el dolor. En una palabra, aquel sacrosanto cuerpo estaba pendiente de sus mismas llagas, de suerte que las manos y los pies traspasados debían soportar el peso de todo su cuerpo.

Amadísimo Redentor mío!, si os miro por de fuera, no veo mas que sangre y llagas; si observo vuestro interior, veo vuestro corazón afligido y desconsolado. Sobre vuestra cruz leo una inscripción que os proclama Rey, pero que señales dáis de vuestra realeza?

Yo no veo más trono que éste de ignominia en que agonizáis; no veo mas púrpura que vuestra carne lacerada y ensangrentada; no veo más corona que este haz de espinas, que tan cruelmente os atormenta. Todo esto os está proclamando que sois Rey, mas no de majestad, sino de amor, la cruz, y la sangre, y los clavos, y la corona son otras tantas insignias de amor.

Por eso Jesucristo, desde la cruz, no tanto pide nuestra compasión como reclama nuestro amor, y si desea que nos compadezcamos de Él, es para que por la compasión lleguemos al amor. Por su infinita bondad tiene derecho a nuestro amor; mas ahora quiere que le amemos, a lo menos, por compasión. Oh Jesus mío!, razón teníais para decir, antes de que llegara el tiempo de vuestra Pasión: *Cuando yo fuere levantado en alto de la tierra, todo lo atraeré a mí.(Jn. 12, 32)* Que inflamadas saetas lanzáis sobre nuestros corazones desde ese trono de amor! Cuántas almas habéis arrancado de las fauces del infierno: para atraerlas hacia Vos desde la Cruz! Con razón, Señor, me atreveré a decir que os han puesto en la cruz entre dos ladrones porque con vuestro amor habéis arrancado a Lucifer tantas almas que, a causa de los pecados de ellas, le pertenecían por derecho de justicia: en el minero de estas dichosas almas quisiera yo contarme. Oh llagas de mi Jesús!, hogueras inmensas de amor, recibidme en vuestras aberturas, para que, en lugar de arder en el fuego del infiemo, que tengo merecido, me inflame en la hoguera infinita del amor de Dios, que acabado de tormentos ha querido morir por mí.

Los verdugos, después de haber crucificado a Jesús, sortearon sus vestidos, como lo había predicho David: *Se repartieron mis vestiduras y echaron a suertes sobre mi túnica. (Sal. 21, 19)* Y luego se sentaron no lejos de la cruz, aguardando su muerte.

Alma mía, sientate tú tambien al pie de la cruz y descansa en los azares de la vida a su sombra bienhechora, a fin de que puedas decir con la Esposa de los Cantares: *Senteme a la sombra de aquel que tanto he deseado. (Ct. 2, 3)* Oh, que tranquilidad y reposo hallan las

almas amantes de Dios al lado de Jesús crucificado, cuando se ven acosadas por los cuidados del mundo, por las tentaciones del Infierno y los rigores de la divina justicia!

Estando Jesús para expirar, con el cuerpo destrozado y con el corazón cubierto de mortal tristeza, buscaba quien le consolase. Pero, Redentor mío, no hay quien os consuele; nadie, por lo menos, quien se compadezca de Vos y una sus lágrimas a vuestra mortal agonía? Veo todo lo contrario: unos os injurian, otros os escarnecen y os blasfeman: Si eres el Hijo deDios, os dicen unos, *baja de la cruz (Mt. 27, 40); Bah!, tú que destruyes el templo de Dios,* exclaman otros, *sálvate a ti mismo.* Y no faltó quien os echara en el rostro *que a otros habíais salvado y no podíais a Vos mismo salvaros.* Que ajusticiado se ha visto jamás cargado de tantas injurias e insultos al estar muriendo en el patíbulo?

CAPÍTULO XV

ÚLTIMAS PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

Cómo responde Jesús a tantas ofensas y a tantos ultrajes? Ruega por los que le maltratan; *Padre,* dice, *perdónalos, que no saben lo que hacen (Lc. 23, 34), y* ruega también por nosotros, miserables pecadores. Vueltos, pues, al Etemo Padre, digámosle con confianza: Oh Padre Etemo!, oíd los clamores de vuestro Hijo amadísimo que pide perdón para nosotros; este perdón que os pide, considerado de parte nuestra, es pura misericordia, porque no lo merecemos; pero atendidos los méritos de Jesucristo, es estricta justicia, porque sobradamente ha satisfecho por nuestros pecados. Merced a sus méritos estáis obligado a perdonar y a devolver vuestra gracia al que se arrepiente de las ofensas que os ha hecho. Yo, Padre mío, me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido, y en nombre de Jesucristo os pido perdón de mis pecados; perdonádme, pues, y recibidme en vuestra gracia.

Señor, acordaos de mí cuando entréis en vuestro reino. De esta manera habló el buen ladrón al moribundo Jesús y Jesús le respondió: *En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso. (Lc. 23, 43)*Aquí se cumplió la profecía de Ezequiel que dice: *Si el impío hiciere penitencia, no hare memoria de todas sus iniquidades. (Ez. 18, 21-22)*

Oh bondad inmensa e infinita de mi Dios!, quién no os ama? Sí, Jesus mío, olvidaos de las injurias que os he hecho y acordaos de la amarguísima muerte que por mí habéis padecido; por sus méritos dadme parte en vuestro reino celestial, y, entre tanto, haced que reine en mí vuestro santo amor. Que vuestro divino arnor reine en mi corazón y sea mi único señor, mi único deseo y mi único arnor. Dichosísimo ladrón , que mereciste unir tus dolores y tu paciencia a la rnuerte de Jesus! También yo seré dichoso, Jesús mío, si tengo la suerte de morir amandoos, uniendo mi muerte a vuestra santa muerte.

Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre. (Jn. 19, 25) Considera, alma mía, a María de pie junto a la cruz, con el corazón transido de dolor y fijos los ojos en su amado e inocente Jesús, conternplando las penas interiores y exteriores que padece al morir. Resignada y tranquila ofrece al Etemo Padre la muerte del Hijo por nuestra salvación; pero, esto no obstante, la compasión y el amor traen su corazón traspasado. Quién no tendrá compasión de una madre que ve con sus propios ojos padecer y morir al hijo de sus entrañas en un patíbulo infame? Afíadase a esto la consideración de quien sea este Hijo y quien esta Madre; María amaba a Jesús inmensamente más que todas las Madres aman a sus hijos; Jesús era para ella, a la vez, su Hijo y su Dios; Hijo infinitamente amable, hermoso y santo; Hijo siempre respetuoso con Ella, siempre obediente; Hijo que le había manifestado tanto amor, que desde toda la etemidad le había escogido para ser su Madre. Y esta Madre fue la que tuvo que presenciar la muerte dolorosa de Jesús en el afrentoso madero de la cruz, sin poder aliviarle en nada; antes por el contrario, aumentaba con su presencia la pena del Hijo, el cual la veía padecer tanto por su amor.

Oh María!, por los dolores que padecisteis en la muerte de Jesús, tened piedad de mí

y encomendadme a vuestro Hijo. Oíd cómo desde lo alto de la cruz, en la persona de Juan, me recomienda a Vos diciendo: *Mujer, ahí tienes a tu Hijo. (Jn. 19, 26)*

Y cerca de la hara nona, exclamó Jesús con una gran voz, diciendo: Dios mío, por que me has desamparado ?(Mt. 27, 46). Jesús agonizaba en la cruz acabado de trabajos en el cuerpo y agotado en el alma por mortal tristeza, puesto que la tristeza que le asaltó en el huerto de Getsemaní no le abandonó hasta exhalar el postrer suspiro. En tan grande aprieto busca quien le consuele y no lo halla, como lo había predicho por David: *Espere que alguno se condoliese de mí, mas nadie lo hizo. (Sal. 68, 21)* Mira a la Madre, y como lo hemos visto no le pudo consolar, sino que le aflige mas con su presencia; mira en tomo suyo y advierte que todos son enemigos suyos. Viéndose, pues, privado de todo consuelo, se dirige al Etemo Padre en demanda de auxilio; mas al verle el Padre cubierto con los pecados de todos los hombres, satisfaciendo por todos ellos a la justicia divina, Él también le abandona a morir de puro dolor. Entonces fue cuando Jesús dejó escapar de su pecho aquel grande grito, que expresaba la vehemencia de su gran dolor: «Dios mío, Dios mío, por qué Tú tarnbién me has abandonado?». Que por esto la muerte de Jesús fue mas amarga que la de todos los mártires, pues murió privado de todo alivio y de todo consuelo.

Amado Jesús mío!, Por qué os lamentáis de sufrir muerte tan espantosa, cuando Vos espontaneamente la habéis buscado? Ya lo comprendo; os lamentáis para hacerme comprender la infinita angustia que rodea vuestra muerte y enseñarme a vivir tranquilo y confiado cuando me vea en desolación y privado de la asistencia sensible de la divina gracia.

Dulcísimo Redentor mío!, este vuestro abandono me da fundadas esperanzas de que Dios no me abandonará en castigo de las muchas veces que le hice traición. Oh Jesús mío!, cómo he podido yo vivir tanto tiempo olvidado de Vos? Gracias os doy porque Vos no me habéis echado en olvido, y a la vez os ruego que de continuo me traigáis a la memoria la muerte amarguísima que habéis sufrido por mi arnor, a fin de que jamás me olvide de Vos y del amor que me habéis tenido.

Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban a punto de ser cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: « Tengo sed ». Los soldados, empapando en vinagre una esponja, aplicdáronsela a la boca. (Jn. 19, 28-29) La profecía que debía cumplirse era aquella de David que dice: *Y en mi sed me dieron a beber vinagre.(Sal. 68,22)*

Pero, Señor, calláis los inmensos dolores que os están quitando la vida, y só1o os lamentáis de la sed? Ah!, que la sed que experimenta Jesús es muy distinta de lo que pensamos, pues consiste en el gran deseo que tiene de que le amen las almas por las cuales muere. Oh Jesús mío!, Vos teneis sed de que os ame este gusanillo de la tierra, y yo, no tendré ansias de amar a un Dios, bien infinito? Sí, mi gran deseo es amaros y complaceros en todo. Ayudadme, Señor, a desterrar de mi corazón todos los afectos terrenos, para que en el reine únicamente el deseo de agradaros y cumplir vuestra voluntad. Oh voluntad santísima de Dios!; tú eres la fuente dichosa donde se sacian las almas enamoradas del divino amor; calma también mis ardores de amor a fin de que seas el único blanco a que tienden todos mis pensamientos y todos mis afectos.

CAPÍTULO XVI

MUERTE DE JESÚS

Nuestro amable Redentor se acerca al fin de su carrera. Contempla, alma mía, aquellos ojos que se obscurecen, aquel herrnoso rostro que se torna pálido, aquel corazón que palpita con lentitud, aquel sagrado cuerpo que se abandona a la muerte. *Después de haber gustado el vinagre, dijo Jesús: «Todo está consumado»* (Jn. 19, 30) Estando ya próximo a expirar, recorrió con la mente todos los trabajos de su vida; la pobreza, los sudores, las injurias y agravios que había recibido, y ofreciéndolo de nuevo al Etemo Padre, dijo: Todo está cumplido; se ha consumado todo lo que de mí escribieron los profetas, y está también terminado el sacrificio que Dios aguardaba para aplacar su cólera y para satisfacer su justicia irritada. Todo está cumplido, dijo Jesús vuelto a su Padre; y volviéndose a nosotros torna a repetir: «Todo está terminado». Como si dijera: «Mirad, Oh, hombres!, que de mi parte he hecho cuanto estaba de mi mano para salvaros y ganar vuestro amor; he hecho lo que podía; haced ahora de vuestra parte lo que os corresponde; amadme, y no rehuséis amar a un Dios que ha llegado hasta morir por conquistar vuestro corazón.

Oh Salvador mío!, ojalá que también yo en la hora de mi muerte pudiera decir, a lo menos en lo que me queda de vida: Señor, todo está consumado; he cumplido vuestra santísima voluntad, os he obedecido en todo. Dadme fuerza, Jesús mío, porque, ayudado de vuestra gracia, me propongo, y así lo espero, agradaros y complaceros en todas las cosas.

Entonces Jesús, dice San Lucas, *clamando con una voz muy grande dijo. Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu. (Lc. 23, 46)* Estas fueron las últimas palabras que Jesús pronunció en la cruz. Viendo que su bendita alma estaba ya para separarse de su lacerado cuerpo resignado a la voluntad divina y con filial confianza, dijo: Padre mío, te encomiendo mi alma. Como si dijera: Yo, Padre mío, no tengo voluntad propia ni quiero vivir ni morir; si es vuestro deseo que siga padeciendo en esta cruz, dispuesto estoy a ello. En vuestras manos encomiendo mi espíritu, para que hagáis de mí lo que os agrade. Ojalá que cuando nos hallamos en la cruz del sufrimiento hablaramos de la misma suerte abandonándonos en las manos de Dios, para que obrara según su beneplácito! Este total abandono en las manos de Dios, dice San Francisco de Sales, es el fundamento de toda nuestra perfección. Estas deben ser nuestras disposiciones, de modo especial en la hora de la muerte; mas para hacerlo bien en aquel trance supremo, debemos ejercitarnos con frecuencia en ello durante la vida. Oh Jesús mío!, en vuestras manos deposito mi vida y mi muerte, a Vos me entrego en total abandono; desde ahora os recomiendo mi alma, para que cuando llegue al término de mi carrera os dignéis recibirla dentro de vuestras llagas, así como vuestro Padre recibió vuestro espíritu al expirar en la cruz.

Jesús, por fin, va a exhalar el postrer suspiro. Venid ángeles del cielo, venid a asistir a la muerte de vuestro Dios. Y Vos, Oh María!, Madre de los dolores, acercaos más a la cruz, alzad los ojos para mirar con mas atención a vuestro Hijo, porque está próximo a expirar. Ya el Redentor llama a la muerte y le da licencia para que se acerque a quitarle la

vida. Yen, muerte, le dice, ven pronto, cumple tu oficio, quítame la vida y salva a mis amadas ovejas. En aquel momento supremo tiembla la tierra, se abren los sepulcros, se rasga el velo del templo. La violencia del dolor acaba finalmente con las débiles fuerzas del moribundo Señor; ya le falta el natural calor, se le apaga la respiración desfallece su cuerpo, inclina la cabeza sobre el pecho, abre la boca y expira. (Jn. 19, 30)

Sal, alma hermosísima de mi Salvador, sal de su cuerpo y anda a abrirnos las puertas del Paraíso, hasta ahora cerrado para nosotros; entra y preséntate ante la majestad divina a impetrar para nosotros el perdón y la salvación.

La muchedumbre se vuelve hacia la cruz de Jesús al oír la fuerte voz que dió cuando pronunció las últimas palabras, lo mira con silencio y respetuosa atención, lo ve expirar, y al observar que ya no hace movimiento alguno exclarna: Ha muerto, ha muerto. María oye que todos repiten las mismas palabras, y dice también: Ay, mi Hijo ha muerto! Ha muerto, pero, Dios grande, quien ha muerto? El autor de la vida, el Unigénito de Dios, el Señor del mundo. Oh muerte, que fuiste el espanto de la naturaleza! Un Dios morir por sus criaturas! Oh caridad infinita! Sacrificarse todo un Dios, sacrificar sus delicias, su honor, su sangre, su vida, y por quién?; por sus ingratas criaturas; y muere en un mar de dolores y desprecios para pagar la deuda por nuestras culpas.

Alma mía, levanta los ojos y mira a este Hombre crucificado; mira al Cordero divino sacrificado sobre el altar de la cruz; considera que es el Hijo predilecto del Padre eterno, y que ha muerto por el amor que te profesa. Mira cómo tiene los brazos abiertos para abrazarte, la cabeza inclinada para darte el beso de paz, el costado abierto para darte entrada en su corazón. Merece ser amado un Dios tan bueno y tan amoroso? Qué respondes a ésto? Hijo mío, te dice Jesús desde lo alto de la cruz, mira si ha habido en el mundo quien te haya amado más que tu Dios.

Oh Dios mío, y Redentor mío!, con que Vos habéis muerto por mí con la muerte más infame y dolorosa para ganar mi amor? Pero,cuándo el amor de una pura criatura podrá corresponder al amor de un Dios muerto por ella? Oh adorado Jesús mío! Oh amor de mi alma! Cómo podré olvidarme de Vos?, Cómo podré negaros mi amor después de haberos visto morir de dolor sobre esa cruz para saldar la deuda de mis pecados y salvarme? Cómo podré contemplaros muerto y colgado de este infame madero y no amaros con todas mis fuerzas? Cómo podré pensar que mis culpas os han reducido a tal extremo de dolor y no llorar con lágrimas del corazón las ofensas que os he hecho?

Si el último de los hombres hubiese padecido por mí lo que sufrió Jesucristo; si viese a un hombre desgarrado a puros azotes, clavado en una cruz y afrentado por las gentes a fin de salvarme la vida, podría acordarme de él sin derretirse de amor mi corazón? Y si me presentasen el retrato de aquel hombre muriendo en el afrentoso madero, pudiera mirarlo con indiferencia, diciendo: este desventurado ha muerto en un mar de tormentos porque me amaba; si me hu biera amado menos, no hubiera muerto de esta suerte? Ah!, cuántos cristianos tienen en su aposento un artístico Crucifijo, pero únicamente como mueble de lujo; ponderan su estructura, se detienen a contemplar la expresión de dolor que se dibuja en el rostro, pero en su corazón no tienen afecto alguno, como si no fuese la imagen del Verbo encarnado, sino la de un hombre extraño y para ellos desconocido.

Ah Jesús mío!, no permitáis que yo sea del número de éstos desgraciados. Acordaos que habéis prometido atraer hacia Vos todos los corazones cuando fuéseis clavado en lo alto de la cruz. Aquí tenéis mi corazón, que, ablandado en presencia de vuestra muerte, no quiere resistir por más tiempo a vuestra voz: atraedlo, pues, a Vos con los lazos de vuestro amor. Vos habéis muerto por mí, y yo no quiero vivir más que para Vos. Dolores de Jesús,

ignominias de Jesús, muerte de Jesús, amor de Jesús, tomad posesión de mi corazón, y vuestro dulce recuerdo sirva para herirme de continuo e inflamarme en el amor de Jesús.

Oh Padre Etemo!, mirad a Jesús, vuestro Hijo, muerto por mi amor, y por sus méritos tened rnisericordia de mí. Alma mía, no desconfíes por los pecados que has cometido, porque Dios es el que ha enviado su Hijo a la tierra para salvarnos; y Jesús es el que voluntariamente se ha ofrecido a pagar las deudas de nuestros pecados. Ah Jesús mío!, ya que para perdonarme no os habéis a Vos mismo perdonado, miradme con la misma compasión que me tuvisteis un día cuando estabais agonizando en la cruz; miradme, pues, iluminadme y perdonadme sobre todo la ingratitud con que os he correspondido, pensando tan poco durante mi vida en vuestra Pasión y en el amor que me habéis manifestado. Gracias os doy por las luces que hoy me comunicais, dándome a conocer, a través de vuestras llagas y desgarrados miembros, el grande y tierno afecto que me conserváis en el fondo de vuestro corazón. Desventurado de mí!, si después de tantas luces no os amase o amase a las criaturas mas que a Vos. «Muera yo, os diré con el enamorado San Francisco de Asís, por vuestro amor, Jesús mío ya que por mi amor os habéis dignado morir.» Oh corazón abierto de mi Redentor!, mansión dichosa donde descansan las almas amantes, no os desdefieis de recibir también a mi pobre alma:

Oh María, Madre de los dolores!, encomendadme a vuestro Hijo, que tenéis muerto en vuestros brazos. Mirad sus laceradas carnes, mirad su sangre divina por mi derramada, y por aquí llegareis a comprender cuan agradable le será que le encomendeis mi salvación. Mi salvación está cifrada en amar a Jesús; alcanzadme Vos este amor, pero amor grande y eterno.

Hablando San Francisco de Sales de aquellas palabras de San Pablo: *la caridad de Cristo nos estrecha*, se expresa de esta manera: «Saber que Jesucristo, nuestro verdadero Dios nos amó hasta sufrir la muerte afrentosa de la cruz, no es sentir como aprensados nuestros corazones y apretados con fuerza para exprimir de ellos el amor con una violencia que cuanto es más fuerte es tanto más deleitosa?» . En otro lugar dice el Santo que «el monte Calvario es el monte de los amantes». Y luego añade: «Y por qué no nos abrazamos a Jesús crucificado para morir con Él en la cruz, ya que por nuestro amor quiso en ella morir? Sí, yo le abrazaré, debieramos decir, y no le soltaré jamás ; moriré con Él y con Él me abrasaré en las llamas de su amor. Un mismo fuego consumiá a éste divino Creador y a su miserable creatura; mi Jesús es todo mío, y yo quiero ser todo suyo. Viviré y moriré sobre su pecho , y ni la muerte ni la vida serán poderosos para separarme de Él» (Amor de Dios, Lib. 7, Cap. 8) «Oh amor etemo!, mi alma os busca y os elige por etemo dueño y señor. Venid, Espiritu divino, e inflamad nuestros corazones con el fuego de vuestro amor! 0 amar, o morir. Morir a todo otro amor, para vivir en el de Jesús. Oh Salvador de nuestras almas!, haced que cantemos eternamente: Viva Jesús, mi amor, viva Jesús a quien amo; amo a Jesús que vive por los siglos de los siglos!». (Amor de Dios, Lib. 12, Cap. 13)

Concluyamos diciendo: Oh Cordero de Dios, que os habéis sacrificado por nuestra salvación!; Oh víctima de amor inmolada sobre la cruz entre inmensos dolores, ojalá que supiera amaros como Vos lo merecéis!; quién pudiera morir por Vos, como Vos habéis muerto por mí! Ya que mis pecados han sido para Vos una fuente de dolores durante toda vuestra vida, haced que mientras viva me esfuerce en agradaros y complaceros a Vos solo, que sois mi amor y mi todo.

Oh María, Madre mía! Vos sois mi esperanza, alcanzadme la gracia de amar a Jesús.